



Desde 9 años

Diez cuentos protagonizados por mujeres y hombres de la tribu huilliche —una rama de la familia de los mapuches— en los años anteriores a la Conquista española, y alrededor del entonces Lago Escondido, hoy Llanquihue. Sus encuentros afectivos, su relación con la naturaleza y su visión del mundo, reflejados aquí, nos hacen conocer de modo entretenido y profundo las raíces de nuestro país.

Nacido en Rengo (VIª Región) en 1952, Manuel Gallegos es titulado de Actor y Magister en Dirección Teatral de la Universidad de Chile. Ha formado y dirigido grupos en el ámbito educacional y profesional, especializándose en teatro infanto-juvenil. Ha publicado, entre otras obras teatrales, *Las aventuras del señor don Gato* (1993) y *Encuentro en Tritón y otras obras* (1994); los relatos *Cuentos para no cortar* (1998) y las novelas *Travesía infernal* (1997) y *El cisne y la luna* (2001).



9 789561 214446

CÓDIGO 69-8

CUENTOS MAPUCHES DEL LAGO ES
135234 / 65-04/2304 /

Manuel Gallegos • Cuentos Mapuches del Lago Escondido



Cuentos Mapuches del Lago Escondido

Manuel Gallegos

Zig-Zag

cristián Dubio.

MANUEL GALLEGOS

CUENTOS
MAPUCHES DEL
LAGO
ESCONDIDO



Ilustraciones de
MÓNICA LIHN.

I.S.B.N.: 956-12-1444-X.
2ª edición: septiembre del 2003.

© 2001 por Manuel Gallegos Abarca.
Inscripción N° 122.495. Santiago de Chile.
Derechos reservados para todos los países.
Editado por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 17. Providencia.
Teléfono 3357477. Fax 3357545.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido.
ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido
por ningún medio mecánico,
ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización de su editor.

Impreso por Imprenta Salesianos, S.A.
General Gana 1486. Santiago de Chile.

Í N D I C E

AYÚN ÛL (EL CANTO DEL AMOR)	7
EL SECRETO DE LA PLAYA PUYE	17
EL JILGUERO QUE TENÍA UN CANTO DE CRISTAL	27
LOS CANGREJOS PINTORES	37
EL LARGO VUELO DE UN PLAYERO BLANCO	45
EL RÍO QUE NACIÓ DE UNOS OJOS ENCANTADOS	55
EL ENOJO DE LA MONTAÑA DEL FUEGO	65
LA CONQUISTA DEL LAGO LLANQUIHUE	77
LA VISITA DE LOS WINGKAS	97
LA HUIDA DE LOS CISNES	111
VOCABULARIO DE TÉRMINOS MAPUCHES	121

*Para Flora,
estos cuentos de amor, nacidos junto a ese hondo sentimiento
que anidó en mi espíritu
e inspirados por quien necesita, día a día,
contemplar el Lago Escondido.*

AYÚN ÛL

(El canto del amor)



Hace alrededor de cinco siglos, en el que después sería el país más largo, angosto y austral del globo terráqueo, y a orillas del actual lago Llanquihue* (Lago Escondido), vivió una hermosa niña llamada Rayentrai. Pertenecía a la tribu cunche, una rama de los huilliches*, que a su vez formaba parte de la extensa familia mapuche*.

A Rayentrai no le agradaba estar siempre en el bosque, y cada amanecer, vestida con un bello quipán*, subía por la ladera del monte que besaba las aguas del lago. Enormes hojas de helechos la rozaban acariciándola, y las varillas de coligüe iban dejándole rasguños en brazos y piernas, leves marcas que no le importaban: sus ojos inquietos buscaban con ansiedad una flor roja de pétalos alagrimados, que la niña llamaba colcopiu, el conocido copihue.

* Las palabras con asterisco tienen su definición al final del libro, en el Vocabulario de Términos Mapuches.

Cuando llegaba a la cima, se sentaba en una inmensa piedra lisa; luego recorría con la vista el extenso valle y se detenía un instante en la trenza de humo blanco que se elevaba desde el bosque de alerce donde se encontraba su ruka*. Momentos después miraba hacia el horizonte y dejaba en libertad los pensamientos que, como brisa suave, se deslizaban sobre las aguas verdeazuladas, imitando el vuelo rasante de ciertas aves. Por último, fijaba la vista en un punto lejano, olvidando ya este universo natural para regresar al mundo de sus sueños.

Una tarde, un persistente quejido interrumpió tal ensoñación. Se levantó con sigilo y fue hasta unos arbustos, siguiendo el camino abierto en el aire por los lamentos. Entonces, en un claro verde descubrió a un joven de edad similar a la de ella, sentado sobre la hierba. Comprendió que estaba herido y se acercó a observarlo. La figura del muchacho le era desconocida. Iba vestido sólo con un paño cruzado entre las piernas, llamado chiripá*, el que le dejaba torso y piernas desnudas.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó tímidamente Rayentrai. El joven, sorprendido, guardó silencio. La niña insistió y entonces él dijo, agobiado por el dolor:

—No puedo mover mi pie. He caminado largo y al subir el monte caí en ese hoyo.

Rayentrai se acercó, apoyó las rodillas en la hierba húmeda y con sus delicadas manos palpó el tobillo del muchacho.





—Tu pie sanará —le explicó.

Y sin agregar una palabra más, se levantó y desapareció entre el bosque de coligües. El joven sólo alcanzó a mover afirmativamente la cabeza, asombrado ante esa inesperada aparición.

Rayentrai regresó muy pronto trayendo en las manos un puñado de barro y lo puso sobre el tobillo del muchacho, quien sintió el frío de la tierra húmeda, acompañado de una sensación de bienestar, primero en el pie, y luego en todo el cuerpo.

—Gracias —murmuró, y ella se quedó contemplándolo en silencio.

—Quisiera pedirte algo más. Tengo mi pecho herido. ¿Puedes ponerme ese barro mágico también?

Y la niña, sin decir nada, se inclinó hacia él estudiando la herida. Sus manos tomaron el resto de barro y tan suavemente lo aplicó, que el muchacho sólo sintió un aire fresco rozando la piel.

—Ahora debería irme —afirmó el joven, sintiendo un fuerte dolor al tratar de levantarse.

—El pie debe descansar y mi ruka está lejos para llevarte... ¿Cómo te llamas? ¿Dónde están los tuyos? —le preguntó Rayentrai.

—Mi nombre es Millaleu.

—¡Millaleu! —exclamó ella, y agregó—: Millaleu... Río Dorado, ¿verdad?

—Sí. A mi padre le agradaba el reflejo del Sol sobre



el río y entonces me llamó así.

Rayentrai sonrió con un gesto cristalino. El muchacho continuó:

—Vengo del Norte, a dos soles y dos lunas de aquí.

—¿Tan lejos?

—Eso no es lejos. Yo he caminado cinco soles y cinco lunas más al Norte.

La joven estaba maravillada con las palabras de Millaleu.

—Mi padre —siguió él— me envió a traer una noticia importante para los hermanos del Sur que hablan el mapudungún*, nuestra lengua mapuche.

—¿Qué noticia? —inquirió ella.

Millaleu la miró indeciso unos segundos y luego levantó una flecha ensangrentada con adornos anudados de color rojo. Sobrecogida, Rayentrai exclamó:

—¡Señas de guerra!

—Sí —respondió él. Y continuó—: De las tierras del norte ha llegado el extranjero y en su espíritu trae intenciones oscuras que mi padre no alcanza a comprender. Por eso invita a los jefes a reunirse en el día y la hora indicada en esos nudos colgantes.

—Mi abuelo nos contaba leyendas que hablaban de la venida del hombre blanco —le dijo Rayentrai.

Millaleu se quedó pensando, como si en ese instante hubiera emprendido un largo viaje. La muchacha lo miró y guardó silencio. Luego, él fijó los ojos en los de

Rayentrai y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Rayentrai.

—Rayentrai,... Rayentrai.... significa Cascada de Flores. ¿Sabes quién lleva ese nombre a dos soles de aquí?

Ella negó, alzando con gracia los hombros.

—Allá, tu nombre vive en la flora, en un espíritu bueno, cuidador de todo lo que germina sobre la tierra.

Rayentrai lo miraba absorta y placentemente.

Entonces, Millaleu agregó:

—¿Acaso eres el espíritu protector de este carimahuida, el monte verde?

La niña rió gozosa, y con un encantador aire de certeza afirmó ser ese espíritu protector.

—¿De verdad eres Rayentrai?

Y ella, con donaire y rapidez, esbozó un afirmativo movimiento de cabeza. Millaleu hizo una pausa para pensar y preguntó:

—Pero, ¿eres real?

—Sí —contestó Rayentrai.

—¿Real... real? —volvió a preguntar él con gracia.

Y ella asintió una y otra vez en medio de su risa diáfana y alegre, que era como una cascada de agua y flores.

El joven intentó levantarse ayudado por la muchacha; la bajada era peligrosa y ella le aconsejó permanecer en el monte, hasta donde vendría a cuidarlo. Millaleu aceptó en silencio.

Entonces, Rayentrai lo condujo hasta un ahuecado alerce milenario donde cobijarse. Así, durante varios días, apenas los débiles rayos del Sol penetraban al follaje de los árboles, la niña, con un canasto al brazo, iniciaba la tarea de subir el cerro y bajar cuando las aguas del lago se teñían de oscuridad.

Millaleu se sentía feliz con su protectora, esa mezcla de espíritu sobrenatural y de ser humano que aún no sabía diferenciar.

Al amanecer del tercer día, ella no lo encontró en el refugio del alerce. Inquieta, pensando en alguna desgracia, inició la búsqueda invadida por un repentino dolor en el pecho, como el que sentía cuando un árbol era abatido en el bosque. Retornó al sendero donde lo vio por primera vez y lo encontró sentado sobre la hierba, contemplando absorto el horizonte.

Silenciosamente, Rayentrai se sentó junto al muchacho y dejó viajar también la mirada, deseando unirse a la de él en el infinito. Durante algún tiempo permanecieron así, rodeados de la música del viento, los árboles y pájaros. Millaleu regresó con la vista por sobre las alturas de la montaña del fuego, atravesó las aguas del modesto lago y llegó hasta la hierba donde estaba sentado junto a Rayentrai. Levantó la mano, tomó la de ella y, acariciándola, sintió su cálida suavidad. Acercó el rostro y la besó en los labios. La niña no dijo nada. Sólo un brillo de felicidad resplandeció en sus ojos. Sin pensar-



lo, acarició también ella las manos de él, acogiéndolas en silencio y con dulzura. Después, Millaleu habló:

—Rayentrai: tu ternura ha despertado mi corazón dormido y ya lo siento habitado por tu persona.

«¿En tan pocas lunas?», pensó ella. Y Millaleu respondió a la pregunta que ella no le hiciera.

—El tiempo no importa. Tú y yo nos encontramos, eso es lo principal.

El viento dispersó las nubes que habían traído una leve lluvia, mientras a lo lejos la luz del Sol luchaba por abrirse camino en el cielo.

—¡Un huépil*! ¡Un arco iris! —exclamó la niña. Y se quedaron mirándolo en silencio.

—Desde hoy —declaró Millaleu apuntando a los colores—, tú estarás en cada uno de ellos.

Y se abrazaron con un sentimiento puro como el aire, la lluvia y la tierra que los rodeaban. Habían descubierto el ayún*, esa especie de luz interior que ilumina la vida y su entorno, como el sol naciente del espíritu: el amor.

—Rayentrai —dijo el muchacho—, debo partir. Mi am* vivirá en el aire que envuelve este valle. Bastará que respire profundo y mi am se unirá a la tuya. Así, en cada inspiración vendré junto a ti. Hazlo, ya que se acerca la hora jamás deseada. Este último abrazo será como el ayún ül, el canto del amor.

Millaleu, que pensaba como los hombres sabios de



la tribu sabían hacerlo, comenzó a alejarse de ella lentamente, sin dejar de hablarle:

—La distancia y el tiempo no existen, Rayentrai. Tú estarás en los árboles, las flores y las hierbas que cubren mis campos del norte. Te encontraré donde mis ojos miren y cuando ya no vean nada, te hallaré con los ojos de mi am.

Su voz fue perdiéndose hasta confundirse con el agitar de las hojas y el murmullo del viento.

Pasó el tiempo. La nieve cubrió otra vez las montañas y el paisaje comenzó levemente a cambiar. Rayentrai dirigía los pasos hasta el lago, respiraba hondo y contemplaba el horizonte. Muchas veces sus lágrimas de alegría, y alguna vez de tristeza, cayeron en las orillas y se cuenta que ayudaron a subir el nivel de las cristalinas aguas.

Así, el lago creció con lentitud día tras día y año tras año, hasta llegar a ser el hermoso y enorme lago Llanquihue, escondido entre montes, volcanes y bosques.

En algunas ocasiones, Rayentrai subía a paso lento el monte, se sentaba en una piedra lisa y miraba los arcoiris. Después, inspiraba lentamente el aire puro, sonreía y dejaba fluir por sus ojos el dulce ayún ül, mirando con ternura el universo.

Sus hermanos cunches la creían sin juicio y murmuraban en voz baja:

—¡Pobre Rayentrai! ¡Ahí está esa loca! ¡Qué desperdicio! ¡Llevarse la vida soñando! ¡Siempre en espera

de su guerrero que ya debe estar muerto! ¡Está loca!

Así repetían como un eco entre los montes y pampas.

Pero un día, cuando los ojos de la mujer miraban al infinito, vio iluminada por un rayo de sol una débil balsa de troncos que se acercaba.

La embarcación llegó a la orilla y bajó el único pasajero, un anciano. Caminó hacia ella y le habló:

—Rayentrai, he vuelto. La guerra durará más que la vida de un hombre. Mi cuerpo está cansado y he venido por mi am...

Rayentrai sonrió. Volvieron a iluminarse aquellos ojos con la luz del ayún, esa claridad que despertó su corazón cuando recién dejaba de ser una niña. Y le dijo al anciano:

—Millaleu, te estaba esperando...

El hombre se acercó y la acogió en un abrazo profundo, al mismo tiempo que las sombras del monte abrazaban las aguas del Lago Escondido.

EL SECRETO DE LA PLAYA PUYE

Hueñauca* fue uno de los antiguos nombres dado al lago Llanquihue por los primeros huilliches, y también al imponente volcán que lo resguarda. Para estos hombres y mujeres, tanto el lago como el volcán formaban una unidad, y de allí que tuvieran una única denominación. En el sur de Chile no es extraño ver cubrirse el cielo de enormes nubes arremolinadas. Estas se reflejan en las aguas del lago Hueñauca, y así el cielo y el volcán se ven envueltos en un solo torbellino amenazante... De allí la razón de aquel nombre mapuche: huenu: cielo, auca: rebelde.

En ese lago, en el lejano y olvidado tiempo cuando sus orillas estaban cubiertas por las ramas de avellanos, pellines, ulmos y coligües que hacían difícil el acceso hasta las cristalinas aguas, Teipina, niña cuyo nombre significa diweñe maduro (un diminuto y sabroso hongo

redondo y anaranjado que crece en los coigües y robles), y su amigo Carilemu, llamado así para que recordara toda la vida el «bosque verde» donde había nacido, llegaron por un sendero hasta la estrecha playa oculta por una arboleda de arrayanes.

El día que los niños descubrieron ese lugar, Carilemu lo llamó Playa Puye o Playa Pececito, en homenaje a su encantadora amiga, a quien en sus juegos le decía cariñosamente «mi pececito».

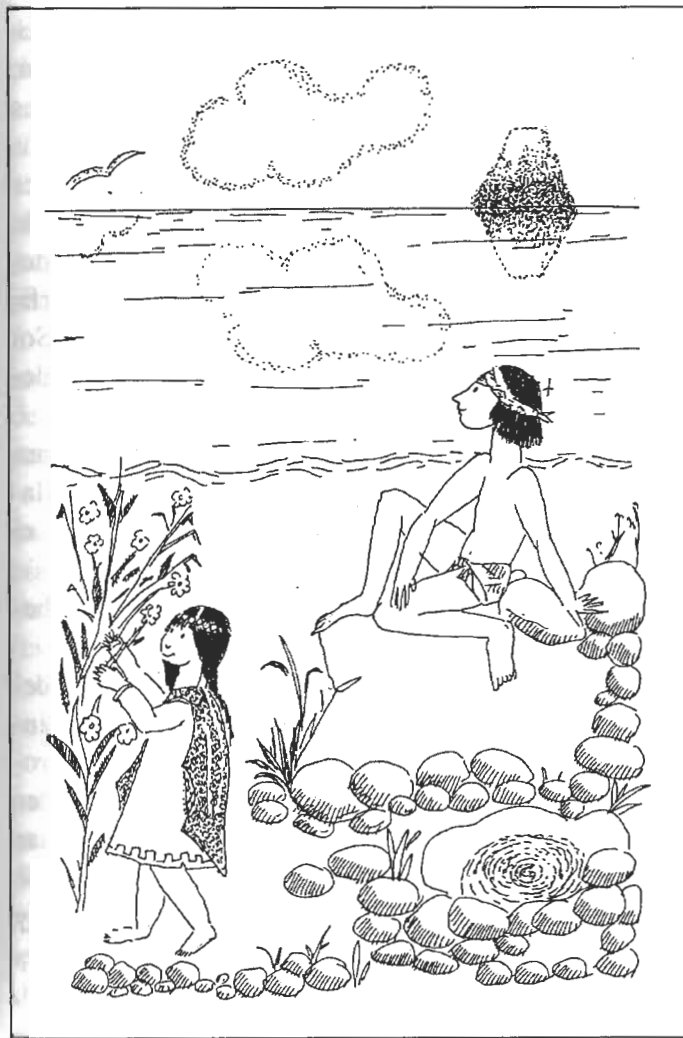
Su orilla estaba sembrada de rocas arenosas, cubiertas de cientos de pequeñas tazas formadas por la crecida natural de las aguas que cada noche ahondaban el terreno lenta y suavemente, desde hacía ya siglos.

Carilemu se sentó en la roca más alta para escuchar el sonido del agua cayendo en las tazas, todo lo cual producía, junto a las ínfimas olas, la más delicada música jamás oída en su breve existencia.

—Cuando no me encuentres en el bosque —le dijo a Teipina— ya sabrás donde buscarme. Estaré aquí, oyendo esta mágica canción de las aguas.

Luego de oír absorta unos instantes, la niña se levantó atraída por algo más poderoso que un imán: las flores que cubrían la orilla del Hueñauca. Se entretenía oliendo su perfume y conversándoles, como si lo hiciera con sus mejores amigas.

Carilemu sabía que ella hablaba a las flores, así como Teipina no desconocía el diálogo de él con las aguas





del lago. Los dos conservaban aquel secreto ante los demás niños, quienes pasaban las horas jugando al palín, el juego de la pelota con un bastón, o con las kantú, las muñecas.

Carilemu contenía en los ojos las aguas rutilantes del lago, iluminadas por unos rebeldes rayos del Sol de noviembre, cuando, de pronto, percibió un delicado, menudo e intenso aleteo sobre la transparente superficie. Al principio, creyó que era sólo el parpadear del Sol en el agua, pero luego descubrió a una mariposa que aleteaba desesperada, como pidiéndole ayuda.

Con el corazón ansioso, el niño gritó a Teipina para hacerla partícipe del hallazgo. Ella corrió al urgente llamado del amigo, quien había extendido el brazo y el menudo índice para indicarle el aleteo multicolor.

—¡Una llampüdken*! ¡Una llampüdken! ¡Y está herida! —exclamó la niña.

Casi sin pensarlo, Teipina entró a las aguas del Hueñauca, mojándose el quipán hasta las rodillas. Se inclinó, acercando las manos al colorido insecto que producía débiles ondas en el agua con sus ya desfallecientes aleteos. Lo tomó delicadamente entre las palmas ahuecadas y regresó donde estaba Carilemu de pie, esperando. Con los ojos sonrientes, extendió los brazos y abrió las manos entre las de su amigo para dejarle el preciado tesoro. El niño lo acogió con suavidad y luego, abriendo sus manos como una nuez, se quedó observán-



dolo. Era una mariposa de alas color café oscuro y manchas anaranjadas. Un entomólogo la habría clasificado como perteneciente a la familia de mariposas llamada *elina vanessoides*, habitantes de aquella zona sureña.

Teipina, triste los ojos, miró a la mariposa y no pudo impedir que emanaran unas cuantas lágrimas. Por su pensamiento, como un rayo, había cruzado la muerte de esa pequeña flor con alas.

Entonces, Carilemu bajó a la arena de piedras y caminó de espaldas al lago, llevando la mariposa entre los dedos. Teipina permaneció inmóvil unos segundos y, enseguida, fue tras los pasos del amigo.

Al llegar a la entrada del bosque, los ojos del niño encontraron un ulmo cubierto de flores blancas que recibían aún los rayos de sol. Entonces, suavemente separó las manos sobre la superficie verde de una hoja. Dos pares de ojos infantiles quedaron fijos, observando ansiosos y casi sin pestañear. La mariposa aleteó extenuada y se quedó quieta, acogiendo el calor de la tarde.

La espera fue breve. Abruptamente rompió el aire un aleteo largo y acelerado. La mariposa saltó de la hoja, moviendo con agilidad las alas y se posó en la hierba. Segundos después, en un rápido vuelo se elevó en dirección al bosque. Los niños la siguieron inquietos, hasta que desapareció en la espesura. Carilemu buscó la mirada de Teipina. Sin decir palabra acercó su rostro al de ella y le dejó la huella invisible de un beso en la mejilla,

al tiempo que cogía la mano de la niña y entre risas la arrastraba corriendo hasta la orilla del Hueñauca.

El Sol persiguió a la Luna muchas veces, y una noche la bella mariposa visitó en sueños a Teipina. La niña se había dormido pensando en ella y apenas cerró los ojos la vio venir desde la lejanía. Detuvo el vuelo, posándose con las alas extendidas en su cabello y le habló así:

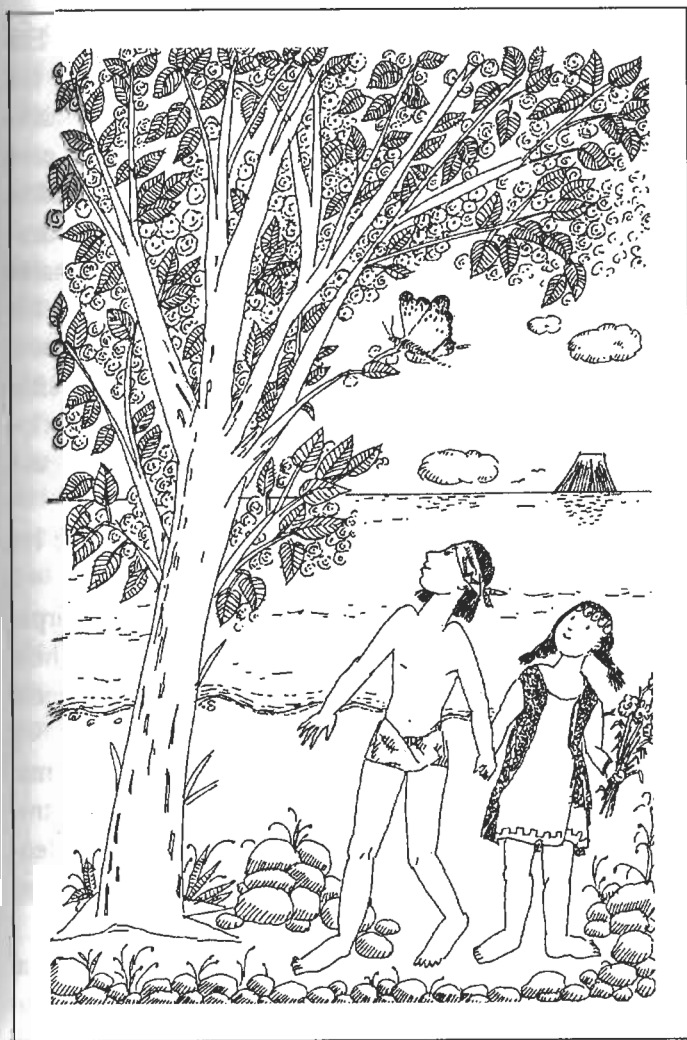
—Teipina, gracias por salvarme. Pensé que mi existencia terminaría en el lago, sola, y sin alcanzar mis sueños.

Y dormida, la niña le respondió:

—Llampüdken, eres delicada y de hermosos colores. Mi madrecita me enseñó que tú eras un regalo de Ngünechen*, el Padre Dios. Ella me dijo que eras símbolo del universo en nuestras vidas: encarnas todo lo que cambia y se transforma.

La mariposa estaba feliz al escuchar las palabras de Teipina y de saber del aprecio de esa Gente de la Tierra. Su vida era, como lo expresó la madre de Teipina, un constante cambio. De un huevo nace una larva, se convierte en oruga, luego en crisálida y, por último, en mariposa.

—Después de que ustedes me dejaron en el bosque, no pasó más de un sol y me sentí mejor. Al segundo sol apareció una mariposa grande y con mayor variedad de colores en sus alas; dio vueltas rodeándome, despidien-





do un suave aroma, imperceptible al olfato humano. Era el amor soñado en mi breve vida. En ese instante, los vuelos y aleteos expresaron el sentimiento de su corazón y, hablándome sin palabras, me dijo: «Llampüdken, eres hermosa; tienes una manera tan tierna de posarte en cada flor, tus ojos son bellos como el arcoiris y tu alegría despierta al bosque soñoliento». Enseguida se acercó hasta tocar con sus antenas las mías, sensibles al tacto y a los aromas, bastando sólo ese gesto para comprometerlos. Por favor, Teipina, cuando despiertes de tu sueño visítame en el claro del bosque, bajo la copa del árbol de flores blancas donde me dejaron al salvarme de las aguas del lago.

Y así, en un vuelo multicolor, se perdió entre los árboles esfumados del sueño.

Teipina sintió como un roce de alas en los párpados. Un rayo de sol filtrado al interior de la ruka la hizo abrir los ojos. Luego, recordando el sueño, resplandeció su rostro de alegría.

Se levantó apresurada y corrió a la ruka de Carilemu. Apenas se asomó, tomó la mano del chico y lo llevó trotando por el sendero hasta la Playa Puye. Este no entendía tanta prisa. Teipina guardó silencio, diciéndole con un gesto que se trataba de un secreto.

Al llegar a la playa, caminaron dando la espalda al lago hasta un claro de luz y, de pronto, una nube de mariposas emprendió vuelo. Volaron, envolviéndolos, como



si de sus cuerpos nacieran miles de menudas alas multicolores. Teipina, radiante de alegría, estiró los brazos y dos mariposas se posaron en las palmas de sus manos.

—¡Es ella! —exclamó—. ¡La llampüdken que salvamos en el lago!

Las dos mariposas volaron y se confundieron con las otras. Entonces, Teipina descubrió en las alas de todas ellas los colores y dibujos de las dos que se habían posado en sus manos. El milagro de la vida había ocurrido y los dos niños ayudaron para que así sucediera.

Los ojos de Teipina desbordaban felicidad y Carilemu se dejó llevar por aquel instante maravilloso del vuelo de las mariposas que, rápidamente, eligieron caminos distintos en el aire para cumplir con el plan trazado por Ngünechen.

La alegría hizo correr a los niños por la orilla del Hueñauca, moviendo los brazos al igual que las alas de una hermosa y feliz llampüdken, mientras se internaban por la espesura que ocultaba a los demás la Playa Puye.

EL JILGUERO QUE TENÍA UN CANTO DE CRISTAL



En la ribera del Lago Escondido vivía un pajarito de cuerpo pequeño, con las plumas del pecho, el lomo, alas y cola de color amarillo. Únicamente en la cabeza lucía plumas negras, como si llevara un gorro aterciopelado. Así, todo el mundo distinguía a los jilgueros, identificables, además, por la alegría de su canto. Sin embargo, el jilguero de nuestra historia poseía el más bello gorjeo que oído humano haya podido escuchar. Al nacer el día, y apenas los primeros rayos del Sol comenzaban a descubrir el valle, él iniciaba el canto que el astro rey necesitaba para cumplir con agrado, día a día, la tarea de colorear y despertar a la naturaleza dormida.

Era el primero en ponerse a trinar, como un duende de los bosques que con una flauta encantada va despertando a todos los seres vivientes. Dos pudúes, los ciervos más pequeños del mundo, parecían embrujados por

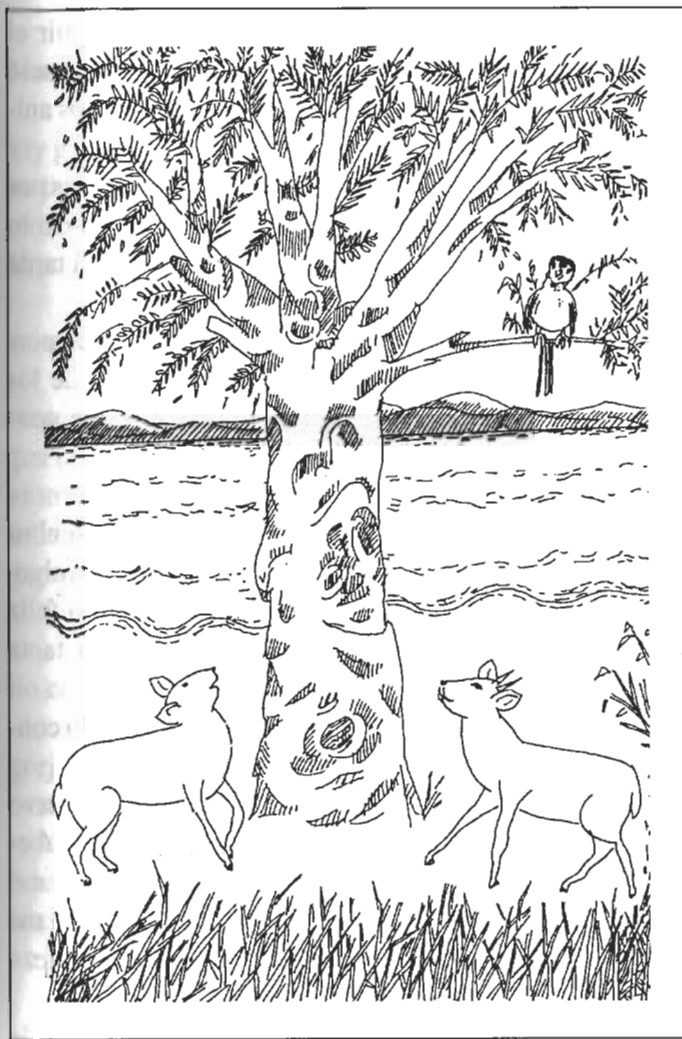
el canto del jilguero. Se sentían atraídos, llevados a un ámbito lejano y dulce, totalmente distinto al ruido amenazante y aterrador provocado por los seres humanos cuando andan en afán de cacería. Por ello, el canto de aquel jilguero embelesaba a los pudúes: significaba la libertad y la alegría de vivir en paz.

Pero en los atardeceres, el pajarito se ponía triste y el canto, a pesar de su belleza, dejaba traslucir una honda pena. Los pudúes lo escuchaban con arrobamiento y no podían contener sus lágrimas, dejándolas caer una a una sobre la alfombra de musgos y menudas hierbas del bosque.

El gorjeo del jilguero producía sutiles ecos entre la arboleda y los trinos parecían alargarse como un rayo de sol, buscando caminos en la espesura, uniéndose hasta el anochecer al susurro del viento, entre las hojas de avelanos y canelos.

De pronto, él se quedaba en silencio; los pudúes volvían el suave cuello color pardo rojizo y regresaban a sus rincones entre los arbustos a dormir. Sabían que al otro día nuevamente, la avecilla los iba a despertar con el alegre gorjeo de la mañana.

La Tierra dio una y otra vuelta sobre sí misma, pasando los días, semanas y meses. Los pudúes no se atrevían a preguntarle la causa de tanta tristeza en la melodía de la tarde. No lo hacían por respeto a quien los deleitaba con el canto y, además, porque son animales



tímidos por naturaleza. Un día, después de concluir el jilguero su lamento, uno de los pudúes se atrevió, venció la vergüenza y le expresó en el lenguaje que sólo los animales pueden comprender:

—Amigo Shihüü-Shiwu*, deseo darte las gracias por el bello canto que día a día hechiza mis oídos. El canto de la mañana es alegre, pleno de vida, pero el de la tarde es triste, ¿por qué, amigo Shihüü-Shiwu?

La avecilla lo escuchó atentamente, sobre todo porque de los habitantes del valle, el pudú era uno de los escasos seres que le provocaba una sensación de confianza y ternura.

Entonces, le respondió:

—Gracias, Pudú, por preocuparte de mí. Descubro que eres alguien en quien puedo confiar, un buen amigo. Mi canto de la mañana es alegre porque me siento feliz de vivir un día más, respirar, abrir los ojos y ver tanta belleza alrededor.

El jilguero, después de esta respuesta se quedó contemplando las montañas lejanas.

—¿Y el canto de la tarde?— lo interrogó el ciervo macho que lucía un par de menudos cuernos en la cabeza, como dos volcanes pequeños y puntiagudos.

—El canto de la tarde es triste, porque a esa hora me siento solo, sin una compañera para compartir la belleza de los días que se van.

El pudú guardó silencio y, después de una larga pausa, le dijo:

—Pero, amigo Shihüü-Shiwu, a nuestro alrededor hay gran cantidad de pajaritas con quienes podrías compartir tus días.

La pequeña ave le contestó sin tardanza, en forma segura y tajante:

—Sí, hay muchas, es verdad; sin embargo, ninguna ha sabido llegar a mi corazón.

El pudú no agregó nada: ya el jilguero lo había expresado todo. Al día siguiente, en el preciso instante en que la luz del amanecer imitaba los pétalos de un girasol asomándose al borde de la Degiñ mapu*, los dos pudúes salieron a recorrer el valle con una secreta misión. El pudú macho le decía a la hembra:

—Deberá ser una Shihüü-Shiwu atractiva.

—No —le respondió ella—; sólo debe gorjear tan bello como él.

—Te equivocas. La hembra Shihüü-Shiwu nunca gorjea ni canta. Sólo lo hacen los machos. ¡Creo que deberá tener un plumaje brillante! —concluyó el pudú.

—No, no —indicó la ciervo—. Las Shihüü-Shiwu hembras tienen un plumaje amarillo pálido. El plumaje no importa; lo que sí interesa son los ojos.

—¿Los ojos? —preguntó el pudú, incrédulo.

—Sí —replicó la pudú—; es necesario que sus ojos miren el valle como él lo ve, y sean soñadores como los suyos.

Así dialogaba la pareja de pudúes mientras recorrían el valle, atisbando los árboles y arbustos, deteniéndose a oír el gorjeo de los jilgueros pero, en especial, para descubrir entre ellos alguna diferencia en la mirada. En esta labor se les hizo de noche varias veces, despertaron con los rayos del Sol otras tantas y ningún pájaro reunía las condiciones buscadas.

—Creo —dijo el pudú— que el Shihüü-Shiwu es muy exigente. Sueña encontrar a la compañera ideal, pero no existe, estoy seguro.

La ciervo pidió al ciervo sólo un día más de búsqueda. En su corazón comprendía a la pequeña ave y no deseaba dejarse invadir por el desánimo definitivo.

Al atardecer de ese mismo día, en el límite del valle con las tierras del norte y cercana a un arroyo, una jilguero, de pálido plumaje, permanecía tristemente sobre la rama de un anciano coigüe, escuchando absorta la música del agua entre las piedras.

Los pudúes, inmóviles, la observaron hasta que la luz del Sol desapareció. Sigilosos se acercaron a observar sus ojos y, entonces, sólo entonces, tuvieron la certeza: aquella era la jilguero tan buscada. El pajarillo también los observó y, curiosamente, no atinó a volar como siempre lo hacía ante la presencia de algún extraño. El pudú, con cautela, a cierta distancia, le dijo:

—Nos ha impresionado tu mirada, Shihüü-Shiwu.
Y la pudú, impaciente, agregó:

—¡Quisiéramos invitarte a conocer nuestro valle!
—¿Y para qué voy a ir? No deseo alejarme de mi amigo arroyo. Él me habla y me canta, y así no me siento sola —concluyó la jilguero con un brillo triste en los ojos.

—El arroyo —argumentó el ciervo— se pondrá feliz al saber que su amiga alegrará el corazón con un viaje a otras tierras.

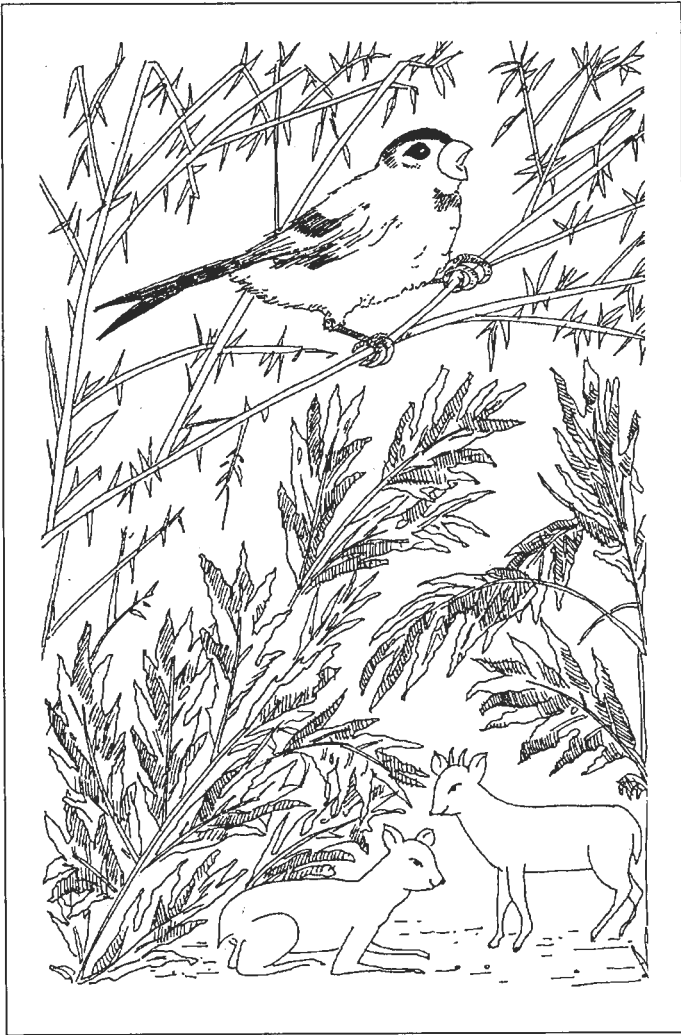
Sin responder, la jilguero bajó volando hasta la orilla húmeda que contenía las aguas, y girando la cabeza a uno y otro lado parecía oír lo que el arroyo le repetía:

—Anda —le dijo su amigo arroyo con cristalina voz—. Yo estaré aquí mucho tiempo y puedes visitarme cuando lo desees. ¡Mis aguas llegarán al Lago Escondido y ya no se sentirán solas! ¡Puedes encontrarme allí también!

Los ojos de la avecilla se inundaron de brillos alegres y con un aleteo indicó a los pudúes que estaba dispuesta a iniciar el viaje.

Al caer las sombras del otro día y cruzar las pampas que bordean el lago, oyeron desde lejos el triste gorjeo del jilguero. Los pudúes sólo intercambiaron una mirada de complicidad. Allá estaba él, en su coigüe preferido, cantando como todas las tardes.

Los pudúes se detuvieron y la jilguero voló hasta una rama del árbol. Impresionada, permaneció observándolo. De rama en rama se acercó y, tímidamente, se mantuvo escuchándolo hasta que hubo terminado.



Sin embargo, el jilguero no se dio cuenta de su presencia, porque al terminar el triste canto se quedaba habitualmente en un estado de tanta melancolía que ignoraba cuanto pasaba alrededor. Permanecía siempre así, hasta cerrar los ojos, dormir y, lo más ansiado, soñar.

La jilguero se quedó inmóvil y lo observó, intentando comprenderlo. Sintió deseos de acercarse y comunicarse con él, pero se contuvo. A ella se le aparecía como un tierno jilguero que la había cautivado con sólo verlo.

La jilguero esperó hasta que la mirada de la avecilla regresara de lo profundo de su ser. Y lo tan esperado sucedió. El jilguero, despertando como de una ensoñación, la descubrió y, mirándola a los ojos, nada fue necesario explicar. Entonces, abrió las alas dejando a la vista un hermoso pecho amarillo-verdoso, privilegio sólo de los machos, e inició un alegre y armonioso gorjeo, acompañado del ritmo eufórico de las alas color limón. Era un canto pleno de vida y ella, de la manera más natural, se acercó a escuchar lo que le pareció un espléndido trino de encantamiento. Los pudúes, que observaban bajo una gran hoja de helecho, se miraron también a los ojos y pensaron que los atardeceres por venir serían muy distintos. Ya no se escucharía más el triste gorjeo del jilguerito que tenía un canto de cristal.

LOS CANGREJOS PINTORES

En el fondo de la orilla del lago Llanquihue, bajo el humilde y abandonado muelle de madera, unido al pueblo del mismo nombre, viven dos pequeños cangrejos y un cardumen de diminutos peces que juegan entre las ondas transparentes y la extensa alfombra de piedras.

Los cangrejos, con tres extremidades idénticas a cada lado del cuerpo y dos tenazas delanteras, arrastran lentamente el caparazón verde ocre, guiándose por dos finas anténulas parecidas a un hilo de coser, gracias a las cuales pueden percibir el mundo acuático.

Si se los observa con atención, parecen hasta divertidos en sus movimientos. De pronto, el cangrejo abraza con las seis patas una piedra y hace un titánico esfuerzo por levantarla; la remueve o la deja rodar libremente. Lo cierto es que no pretende impresionar a la señora cangrejo, sino, simplemente, anda en busca de comida.

Sin embargo, los cangrejos de esta historia son diferentes a los otros crustáceos de la distinguida familia de los artrópodos.

Un día, el cangrejo dijo a la señora cangrejo:

—¿Sabes? He descubierto el sentido de mi vida.

La cangrejo lo miró un segundo con cierta extrañeza, arqueó sus anténulas, replicándole:

—No te entiendo, Lolo* de mi alma.

Ella lo llamaba cariñosamente así.

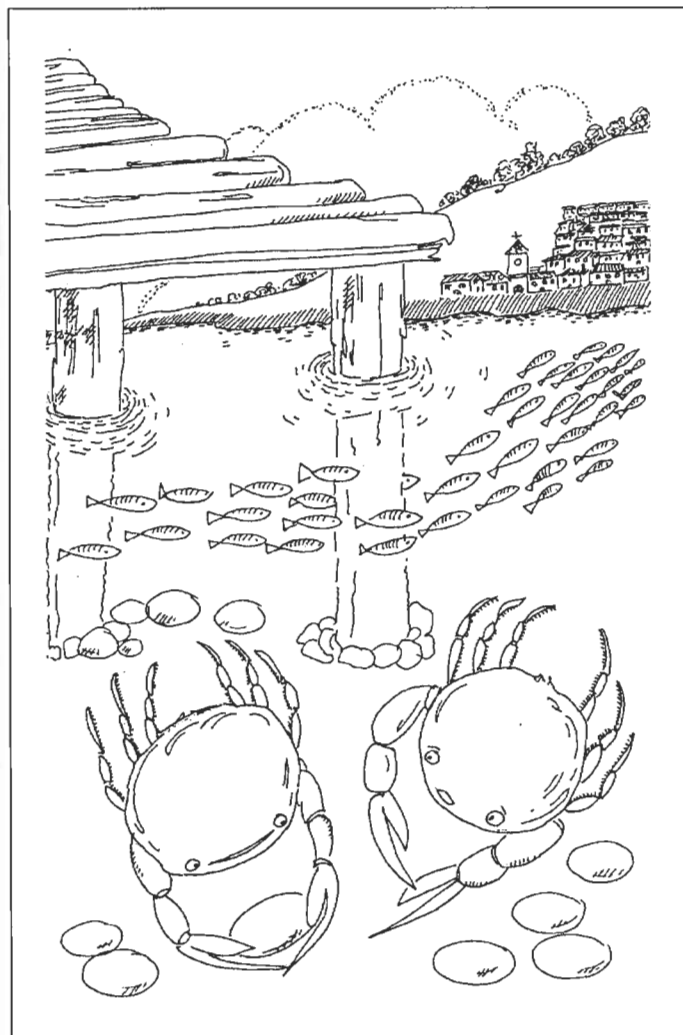
Entonces, él expresó lo que ya no podía callar más.

—¡Quiero ser pintor!

—¿Pintor? ¿Un lolo pintor? —exclamó la cangrejo con un aire de duda y una risa bondadosa. Para la señora cangrejo, a decir verdad, esta nueva idea no la sorprendía tanto, porque estaba ya preparada ante las curiosas y, muchas veces, estrafalarias ocurrencias del compañero de su vida. Entonces, siguió hablándole:

—¡Qué loco eres! ¿Cómo vas a ser pintor aquí? ¿Pintarás en el agua? ¿Recuerdas que un día amaneciste con la idea de ser escritor, empeñándote en escribir en la arena y el oleaje borraba todo lo que ibas escribiendo?

—Sí, lo recuerdo —murmuró algo molesto, alejándose hasta una piedra donde se detuvo a meditar. Observó cómo los rayos solares mudaban las tonalidades de aquel cielo de agua que parecía no tener fin. Y se decía a sí mismo en voz alta:





—No, no, no, yo no puedo existir en este lago sólo para moverme con lentitud y buscar entre las piedras algo de comer. Siento que la vida tiene otro propósito, algo que me hará sentir pleno interiormente...

De esta manera, el atribulado cangrejo continuó meditando numerosos minutos. De improviso, sus seis patas, las dos tenazas y el par de anténulas experimentaron un cambio brusco, pasando de la quietud absoluta a la exaltación total.

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré! —exclamó fuera de sí.

La señora cangrejo, preocupada de ver cierta locura manifiesta, levantó bruscamente las anténulas en su dirección y le preguntó a gritos la causa de tanto escándalo.

—¡Lolo mía! —le respondió el cangrejo—: ¡Encontré la forma de ser pintor!

—¿Sí? ¿Cómo?

—Mira las piedras —respondió, indicándole con las tenazas—. Están cubiertas de musgo y barro, ¿verdad?

La cangrejo lo confirmó con un tenue movimiento de las anténulas.

—Pues bien: ¡dibujaré y pintaré en las piedras! —afirmó, como iluminado por una nueva luz interior.

—¿Y cómo vas a pintar si no tienes la pintura? —preguntó curiosa.

Sin detenerse, el señor cangrejo le respondió:

—La luz del Sol me ayudará.



La señora cangrejo no entendió. Se desplazó hasta una piedra grande, desde donde podía observar los movimientos del cangrejo, y guardó silencio. Este, ya en el lugar, comenzó a dibujar sutiles caminos en la piedra elegida, cubierta de musgos y de barro. Sus dos tenazas trazaban surcos gruesos, y las patas, líneas delgadas. Después de un momento, el cangrejo miró la piedra desde una roca contigua y se dijo satisfecho:

—¡Mi obra de arte ya está terminada!

Dio media vuelta y divisó a la cangrejo moviendo las anténulas de un lado a otro para apreciar mejor la obra artística. Y en ese instante, en que pareció detenerse todo, ella, con naturalidad, preguntó:

—¿Es moderna?

—Sí, es pintura de vanguardia —respondió él con orgullo.

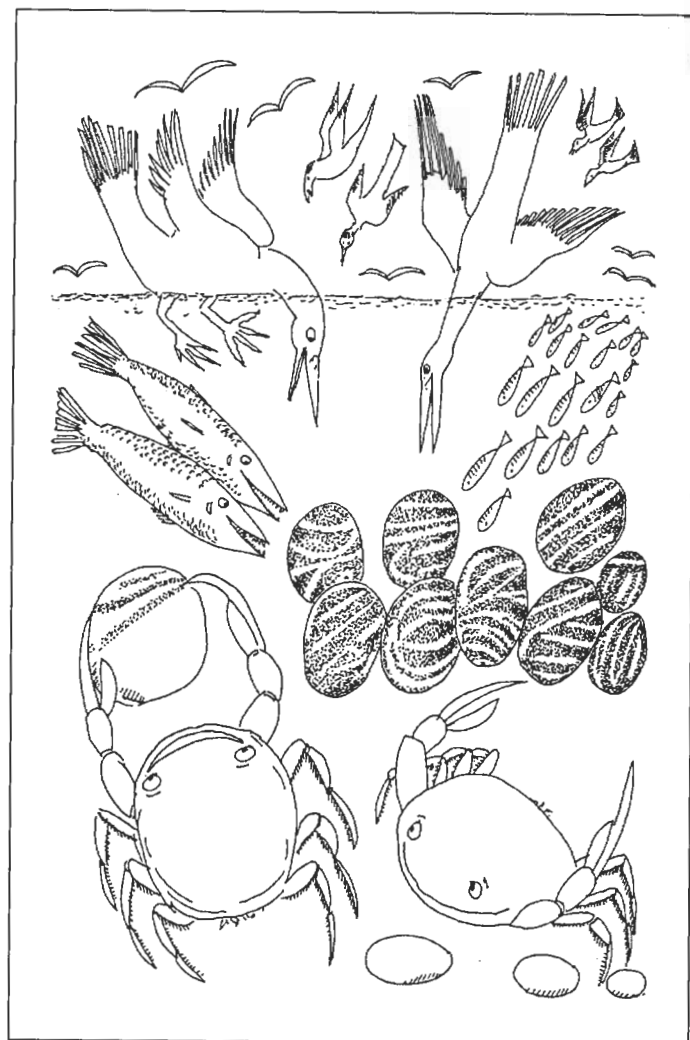
La cangrejo emitió sólo un «¡Ah...!» y no agregó nada más.

El feliz crustáceo continuó en forma apasionada su labor de artista. Dibujó otra piedra, otra y otra. Al terminar el día estaba cansado, pero satisfecho.

La señora cangrejo lo miró con ternura y le dijo:

—¡Me agradecería tanto ayudarte!

Y al amanecer siguiente retomaron juntos la tarea. Llegó un momento en que todas las piedras alrededor del muelle pobre y abandonado estaban dibujadas con surcos y líneas.



La noticia nadó por el fondo del lago y llegaron hasta el muelle numerosos cangrejos movidos por la curiosidad. También los peces, en cardúmenes, aparecieron a admirar la obra de esos crustáceos locos. Y no faltaron bandadas de gaviotas, golondrinas solitarias y bulliciosas bandurrias que durante todo el día sobrevolaron a ras del agua, girando como péndulo de reloj las cabezas para deleitarse con los dibujos de las piedras del lago.

Al otro día, muy temprano, el cangrejo invitó a la cangrejo a esperar lo tan añorado. El Sol comenzó a iluminar la tierra y sus rayos traspasaron las aguas verdeazuladas del lago. Entonces, las piedras se inundaron de colores, destellos de luces, sombras y matices de bellos tonos que hacían lucir más hermosa la extensa casa transparente.

El cangrejo estaba feliz; también la señora cangrejo que lo había comprendido. Ambos se sentían muy orgullosos uno del otro.

Y entonces interrumpió ese momento mágico un grupo de cangrejos que había llegado silenciosamente. Uno, adelantándose, les habló así:

—Amigos lolos, el fondo del lago, nuestro hogar, podría convertirse en un lugar bello para vivir. Lo limpiaremos de objetos extraños lanzados desde fuera y luego lo dibujaremos y pintaremos como ustedes lo hicieron aquí. Por favor, ¿podrían enseñarnos?

Y así fue como la pareja de cangrejos enseñó a los demás, hasta que un día todas las piedras del lago amanecieron cubiertas de dibujos y coloreadas por los rayos del Sol.

El señor y la señora cangrejo habían dado sentido a sus vidas al descubrir el valor de la belleza, aun en las cosas más simples. Juntos encontraron la felicidad y ahora dependería sólo de ellos cuidarla por mucho, mucho tiempo.

EL LARGO VUELO DE UN PLAYERO BLANCO

—¡Ayliñ Killén! (Luz de Luna). ¡Ayliñ Killén! —le gritó la amiga con quien jugaba y cuyo nombre, Truyitraleu, en lengua mapuche significa Alegre Murmullo del Arroyo, haciendo honor a su hermosa voz cantarina.

—¡Ayliñ Killén! —repitió la niña—. ¡Mira aquella bandada de gaviotas sobre el lago! ¡Va en dirección al mar!

—¡Son Pollitos de las Olas!— exclamó entusiasmada Luz de Luna.

—¿Pollitos de las Olas?— preguntó incrédula Alegre Murmullo del Arroyo.

—Mi chau*, me lo contó —dijo Luz de Luna y continuó—; así llaman a esas aves porque buscan pulgas marinas en la playa cuando el mar se recoge, y al regresar las olas con el cabello de espuma, huyen tan ligero como si

un espíritu juguetón las persiguiera.

Las dos niñas rieron, imaginándolas escapar una y otra vez de las olas.

—¡Mira! ¡Un Pollito de las Olas bajó a orillas del lago! ¿Qué le habrá pasado? ¿Vamos a verlo? —invitó Luz de Luna a su amiga, quien seguía absorta el paso de una nube de alas blancas.

Ambas se acercaron, ocultándose con cautela a observarla tras una mata de chilko*. El ave, más pequeña que la gaviota común, se había quedado echada, inmóvil, abriendo y cerrando sus ojos. Así se mantuvo largo rato. Saliendo del escondite, Luz de Luna caminó hasta llegar a un paso del ave y esta, a pesar de la cercanía de la niña, no hizo ningún intento por escapar. Luz de Luna la tomó entre las manos y, al percibir que tiritaba, la arrió a su regazo para darle calor. Miró a su amiga y con un gesto la llamó.

Era mediodía. El brillante Sol del mes de noviembre hacía relumbrar las hojas de los coigües y las aguas del lago, dejando ver toda la belleza de los dos nevados volcanes: el Kalffüko*, y el Hueñauca.

Luz de Luna, con no más de doce años de edad, hablaba con gran sabiduría, provocando la admiración de sus amistades y los adultos. Su actitud más común consistía en contemplar durante horas el vuelo de las aves, el desplazamiento de las sombras del atardecer sobre el





lago, o la Luna y las estrellas que iluminaban su terso rostro.

Su padre le había puesto ese nombre porque a los cinco años la madre le regaló un bello tralilonco* y desde entonces ella comenzó a llevarlo, semejando una medialuna de plateadas lágrimas de luz en la frente.

Luz de Luna, sentada en la arena, protegiendo al Pollito de las Olas contra el pecho, cerró los ojos y, por un instante, sólo el murmullo de las aguas del lago la envolvió. Entonces la niña, suavemente moduló estas palabras, como temiendo romper aquel silencio y dañar con su voz a la débil criatura:

—Este pajarito está cansado. Ha viajado de remotas tierras cubiertas de nieve.

—¿Quieres decir que viene de la tierra de los degiñ*? —preguntó la amiga.

—No, de más allá de nuestras montañas y volcanes— dijo Luz de Luna, y después de un silencio continuó hablando con los ojos cerrados.

—Veo con claridad de donde proviene, pero no sé el nombre del lugar. Sólo distingo grandes pampas blancas, sin árboles. Todo blanco, más blanco que la neblina del lago. ¡Es la Mapu Pire, la tierra de la nieve! Desde allí veo llegar a los Pollitos de las Olas por puñados. ¡Los distingo bien! ¡Ahora emprenden el vuelo y emblanquecen el cielo azul! ¡Vuelan entre lunas y soles! ¡Se detienen en otra tierra! ¡Los veo otra vez en vuelo!



¡Qué hermosos son! ¡Ah, no, no, los perdí!.... ¡Espera, ahí están nuevamente! ¡Sobrevuelan la cima de las montañas, pasan sobre ríos, mares, selvas, desiertos y, al fin, llegan a nuestro mar!

Luz de Luna abrió los ojos como si despertara de un sueño interminable, miró a su amiga y, bajando la cabeza, le dijo que ya no veía más. Con las manos húmedas sobre el plumaje de la avecilla, sintió su cuerpo temblar menos, pero ya casi no abría los menudos ojos.

—Llevémosla donde tu madre, la machi* de la tribu —le propuso Alegre Murmullo del Arroyo.

Luz de Luna, sin pensarlo, corrió por el sendero verde seguida por su amiga hasta la ruka. Se asomaron al hueco de la entrada y allí, en el centro del hogar, estaba la madre de la niña cocinando en la olla colgada del techo sobre el kutral, el fuego.

—Madrecita —dijo la pequeña—, encontramos a este Pollito de las Olas perdido en la orilla del lago y parece estar enfermo.

La madre, vestida con su quipán negro, un chal sobre los hombros y adornado el cabello con un hermoso cintillo de colores, tomó la delicada ave blanca entre las manos color greda oscura, la examinó minuciosamente y, como lo había hecho antes su hija, cerró los ojos. Después de un silencio en el que sólo se escuchó el chisporrotear de los leños en el fuego, la madre habló:

—Esta pajarita está enferma y no verá la luz del nuevo Antü*.

Al terminar de hablar, Luz de Luna rompió a llorar, y entre sollozos le dijo a su madre:

—Pero tú, madrecita, ¿podrás hacer algo, verdad?

—Tañi pichimalen*, esta ave ha volado mucho —le contestó desesperanzada la mujer.

—¿Cómo lo sabe? —la interrumpió Alegre Murmullo del Arroyo, que seguía cada uno de los movimientos y palabras de la machi.

—Estos Pollitos de las Olas —respondió la mujer— llegan aquí cada año esta época y permanecen todo el verano; luego, con las primeras señas del otoño inician el viaje de regreso. Mis antepasados contaban que ese lugar está a muchos soles y lunas de aquí. Allí ponen los huevos, empollan, nacen los críos y llegado el día, emprenden otra vez el largo vuelo hasta nuestra mapu*.

—¿Y por qué viajan tanto? ¿Les gusta nuestra mapu? —preguntó asombrada Alegre Murmullo del Arroyo.

—Así debe ser. Aquí encuentran el alimento necesario y, por razones que sólo sabe Chau Ngünechen, el Padre Dios, vuelan muy lejos a tener las crías.

—¡Son avecitas que aman viajar y conocer otras tierras! —agregó Luz de Luna.

—Sí —afirmó la madre, mirando al infinito por el hueco que hace las veces de puerta de la ruka—. Así como



las aves, también hay personas con espíritu viajero. Viven ansiando saber lo que existe más allá del horizonte.

La madre, por su ancestral conocimiento de la naturaleza, sabía de aquellos Pollitos de las Olas y, gracias al poder de machi, había podido intuir el origen. A estas aves migratorias se las conoce hoy como Playero Blanco y, junto a otras viajan desde la tundra ártica, Alaska y Canadá. Atraviesan América del Norte, América Central y llegan por último a América del Sur, hasta las costas chilenas de Arica, Chiloé y la Patagonia.

Ya se había hecho de noche y Luz de Luna seguía junto a la avecilla. Sintió correr a alguien y apareció Alegre Murmullo del Arroyo con un pequeño canasto de juncos cubierto de pulgas de mar. Luz de Luna le preguntó de dónde lo había obtenido, y ella le contó que su hermano mayor acababa de llegar del mar trayendo peces, canchales, cochayuyo y pulgas de mar. La niña sonrió ante la feliz coincidencia, imaginando en esto una buena señal.

Entre sus dedos cogió una pulga de mar y la acercó al pico del ave; esta lo abrió débilmente y logró comer parte del crustáceo. Insistió la niña por segunda vez y comió otro poco. Así estuvieron alimentándolo durante el día, también el siguiente y dos días más. El ave comenzó a recuperarse gracias a los tiernos cuidados de las dos amigas, burlando así el presagio de muerte dictado por la machi.

El Playero Blanco, casi restablecido, inició breves

ensayos de vuelo hasta la orilla del lago, ayudado por las niñas. Un día voló alto, dio unas vueltas y, como en un gesto de despedida y agradecimiento, dejó caer una pluma blanca que giró mil veces en el aire y fue a caer a los pies de sus salvadoras. Entonces, el ave dibujó un último círculo en el aire y tomó rumbo al mar.

Las niñas quedaron en silencio durante segundos que parecieron horas. Alegre Murmullo del Arroyo miraba absorta hacia las alturas, como si su pensamiento hubiera ido tras el ave. Luz de Luna, con la pluma blanca entre los dedos, recordó al Pollito de las Olas. Luego se levantó y acercándose a su compañera de juegos, tomó sus manos, cerró los ojos y le habló:

—Amiga de mi alma, veo que tu espíritu quiere volar como esas aves blancas y conocer otros lugares más allá de nuestro lago. Te diré lo que mis ojos del alma pueden ver: una mañana llegará un hombre de otras tierras y te hablará de un sueño, un sueño que querrá compartir contigo. Entonces, Truyitraleu se convertirá en un ave viajera que irá muy lejos de aquí.

—¡Pero soy una niña todavía! —exclamó Alegre Murmullo del Arroyo.

—Sí —le dijo Luz de Luna—, pero recuerda que los Pollitos de las Olas un día también fueron pequeños.

De la boca de las dos niñas explotó una alegre carcajada, mientras tomaban las muñecas de paja y lana, echán-

dose a correr en dirección a las rukas de sus padres, que desde hace más de quinientos años estuvieron en las tierras llamadas Llekanmapu*, lugar en el que tres siglos después se fundó la ciudad de Puerto Varas. Y justamente allí, a orillas del lago Llanquihue, de vez en cuando, al comenzar el verano, algún niño descubre un Pollito de las Olas, cansado de tanto volar.

EL RÍO QUE NACIÓ DE UNOS OJOS ENCANTADOS

—Esta noche, hijo mío, alrededor del fuego encendido por tus manos, teniendo como testigos al cielo sembrado todas las noches por el Gran Padre, a las aguas de la laguna Hueñauca y a la cima del volcán donde habita el Pillán*, buen espíritu de nuestros antepasados, te contaré esta historia.

Tañi Chau*, me relató que cuando ellos vivían tranquilamente en esta bahía, allí donde está la playa que tú llamas Pececito, en el tiempo de sus primeros antepasados, el río Maullín que nace del lago, no existía.

Nuestros padres tenían las rukas en esta gran explanada, cubierta de bosques de lahuán*, foye*, mulmu* y kolümamüll*. ¡Quizá cuántas veces, a esta misma hora, ellos también contemplaron el firmamento y contaban las historias pasadas a fin de no olvidarlas!

Antinao (Tigre del Sol) y Millahuala (Ave Dorada del Agua), fueron dos niños que crecieron juntos, aun cuando sus rukas estaban distantes. Una se levantaba al extremo de la bahía y la otra, en el lado opuesto, sobre el pequeño cerro rodeado de suaves lomas. Los padres de ambos se visitaban a diario, disfrutando de una larga amistad. Gustaban de los paseos, de las conversaciones al caer la tarde y del trabajo compartido.

Los dos niños crecieron amando el mismo paisaje y sus almas cultivaron la confianza del uno en el otro. Al llegar a la adolescencia, del mismo modo que despiertan los brotes de los árboles, descubrieron el ayün, el amor.

—Antinao, mi Tigre del Sol —le decía sonriendo, plena de emoción, la muchacha, y él le respondía:

—Millahuala, mi Avecilla Dorada del Agua.

Así manifestaban la alegría de estar juntos, diciéndose expresiones hermosas, nacidas del verdadero significado de aquellos nombres mapuches.

Años después, como lo indica la costumbre, Tigre del Sol pidió a los padres de Ave Dorada del Agua la aprobación para convertirla en su esposa. Estos, a pesar de no tener inconveniente, le exigieron, como también era costumbre, una dote. Lamentablemente, la familia de Tigre del Sol había perdido todas las cosechas a causa del mal tiempo de ese año, y no podrían ayudarlo. El muchacho, sintiendo en el alma y en el cuerpo una gran pesadumbre, caminó hasta la cima del monte, fijó la vis-



ta en el cráter del imponente volcán Hueñauca, y le habló de esta manera:

—¡Buen espíritu del degiñ, protector de los hijos de esta tierra, ayúdame a encontrar una solución! Yo amo a Millahuala, pero si no tengo dote que ofrecerle no podré casarme con ella. Dime, Pillán, espíritu cristalino, ¿qué debo hacer?

El espíritu del volcán guardó silencio. Sin embargo, después de unos minutos, comenzó a golpear en el rostro de Tigre del Sol un fuerte viento de este a oeste. El muchacho reflexionó sobre lo que el Pillán intentaba decirle y, finalmente, comprendió el mensaje. El espíritu le indicaba una dirección a seguir: el mar.

—Amada Ave Dorada del Agua, partiré al Gran Lafkén* en busca de lo que no poseo.

—¿Por qué debes ir hasta el Gran Lafkén para encontrarlo?

—No lo sé. El espíritu del volcán me lo indicó. Debo confiar en él.

—Siento mucho miedo del Gran Lafkén, pero si el espíritu bueno te habló, alejaré esos temores de mi alma.

Tigre del Sol extendió su mano a la niña, dejando a la vista un minúsculo y suave saco de cuero, cerrado con un lazo.

—Es para ti, amada de mi alma. Ábrelo.

Ave Dorada del Agua abrió el saco y miró dentro. Sus ojos se encendieron como las aguas del lago penetradas por

un rayo de sol. Dio vuelta el contenido en la palma de la mano y cayó un puñado de piedrecitas de variados colores.

—Una a una las fui recogiendo en mis caminatas por la orilla de la laguna y en las faldas de la montaña de fuego. Dicen que estas piedras tienen poder. Yo les transmití todo mi amor y ahora las dejo en tus manos. Guárdalas: ellas te hablarán de mí cuando esté ausente.

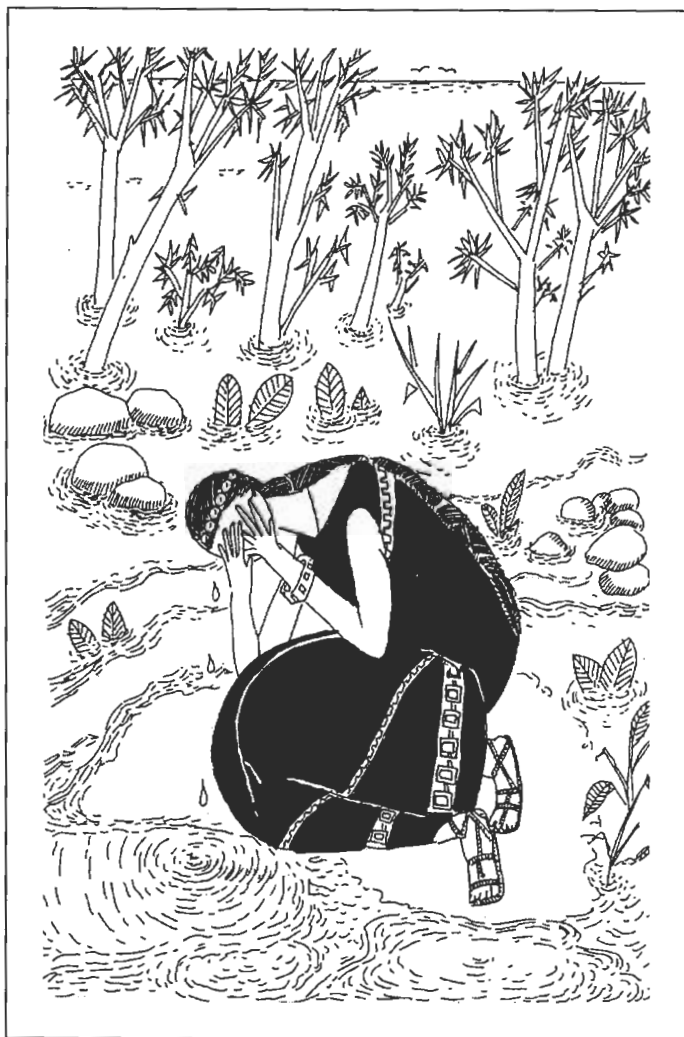
El joven se acercó, la besó en los labios, tomó el rostro de la muchacha entre las manos como deseando imprimirlo en su piel y en sus ojos, dio media vuelta y caminó hasta perderse por el sendero que subía y bajaba sobre las pampas.

Ave Dorada del Agua inclinó la cabeza y unas lágrimas se confundieron con el rocío de esa mañana. Pareció no tener fin aquel día.

Pasó una luna, un sol, otra luna y otro sol. La muchacha caminaba cada día hasta la orilla del lago. Allí volcaba las piedras de colores en la palma de su mano. Al acariciarlas sentía su suavidad y un calor sutil que le inundaba todo el cuerpo, mientras fluían con lentitud unas lágrimas que aumentaban al pasar los días y no tener noticias del amado.

La historia cuenta que en su angustia, imaginó a Antinao, su Tigre del Sol, atacado por enemigos más feroces que el tigre encerrado en su nombre.

Y cuentan que fue tanto el llanto que la orilla del lago se rebasó y las aguas, como un tropel de corceles



encerrados, buscaron camino entre los árboles y quebradas. El caudal se ensanchó hasta semejar una gigantesca lengua de agua abriéndose paso entre las pampas y bosques, torciendo la dirección, girando, dando una y más vueltas, transformándose en un gran río cuyo cauce de lágrimas corría tras su libertad. Así, el río llegó hasta el Gran Lafkén, el mar.

Entretanto, Tigre del Sol se dedicaba a la cosecha marina para el cacique Pangal, quien le daría a cambio del trabajo lo que el joven ansiaba. Recogía cochayuyo y lo ponía a secar sobre las rocas. También, en tiras de junquillo ensartaba toda clase de mariscos, recogidos desde la mañana a la noche en las extensas playas del lugar. Un atardecer descubrió la hermosa desembocadura de un río, tomó la caracola colgada a su cintura y recogió un poco de agua para beber. Grande fue la sorpresa al comprobar que el agua de ese río no era dulce, sino salada. Se quedó pensando, miró corriente arriba, levantó aún más la vista y divisó la degiñ mapu con sus queridos volcanes al fondo del paisaje. Allí, de pronto, suspendida en un cielo azul, creyó divisar la amorosa imagen de Millahuala. Sus ojos sorprendidos distinguieron unas gruesas lágrimas, como nubes blanquísimas resbalando por las mejillas del rostro amado. El corazón del muchacho latió con fuerza y su cuerpo tembló como la tierra cuando el volcán lanza gritos de fuego. Entonces comprendió la razón de las aguas saladas del río.

Tigre del Sol, sin mover un solo músculo, quedó extasiado observándola: un arcoiris que nacía de sus manos enmarcaba su femenina figura. De improviso, en un estremecimiento del alma, tomó la decisión de volver sin tardanza junto a ella. Corrió donde el cacique Pangal y le manifestó sus deseos. Pero este era un hombre duro e insensible y se negó a dejarlo ir, advirtiéndole que si partía antes del tiempo acordado, olvidara el oro prometido. Sólo le daría una pequeña parte de lo pactado. Debía, por tanto, cumplir el compromiso de trabajar hasta fin de año.

Mientras, los ojos de Ave Dorada del Agua parecían una fuente inagotable de lágrimas, que aumentaban cada vez más el cauce de las aguas.

Para la tribu, la joven se había convertido en un ser especial por haber dado nacimiento al río y porque, cuando ella lo deseaba, al abrir sus manos un arcoiris remontaba el cielo, maravillando a quienes lo observaban. Sin embargo, Ave Dorada del Agua comenzó a palidecer de tanta tristeza, transformándose casi en una aparición sobrenatural. Cayó gravemente enferma y la familia, acongojada por no poder hacer nada, la acompañó hasta el instante final de su vida.

Tigre del Sol había tomado la decisión de volver donde su amada y regresó justo el día del triste acontecimiento. Corrió donde Ave Dorada del Agua y abrazándola permaneció horas contándole las aventuras y esfuerzos por

conseguir la dote para la familia, imaginando que ella lo escuchaba. Abrió el morral colgado de su hombro y sacó el escaso, aunque relumbrante oro. Pero el oro ya de nada servía. En medio de una tormenta de lágrimas besó los labios y manos de la muchacha. Pero una de estas permanecía fuertemente cerrada. Cuando el joven abrió con delicadeza la mano de su amada, se escapó un arcoiris con la fuerza de un rayo y se instaló en el cielo. La gente de la tribu quedó atónita: el alma de Ave Dorada del Agua sólo había esperado la llegada de su Tigre del Sol para dejar el cuerpo y eternizarse en el firmamento.

Antinao tomó las preciosas piedras de la mano de Millahuala y las apretó con fuerza contra su pecho, turbado ante la injusticia de la vida. Se fue hasta el monte donde le habló una vez más al espíritu del volcán y allí, con los ojos nublados de emoción, le pidió a Antü que lo hiciera liviano como el viento y lo confundiera entre sus rayos para permanecer junto a su amada. Así, cada vez que cayera la lluvia sobre el valle y aumentaran las aguas del río, él vendría montado en los rayos del Sol para hacer nacer con Ave Dorada del Agua los arcoiris.

—Esta es la historia del origen de este río. Más tarde, el padre de la joven lo llamó Maullín, nacido de las lágrimas de unos bellos ojos encantados de amor. Desde entonces, y poco a poco, como sucede con los grandes dolores del alma, el río comenzó a endulzar sus aguas saladas.

—Tañi Pichiwentru, esta es la historia de un gran amor, el ayün, ese sentimiento que para nosotros, los mapuches, es como la luz del espíritu que ilumina todo lo existente en el universo. Cuando las almas que anidan este sentimiento dejan el cuerpo, su luz queda en el aire, en los bosques, en una estrella, en un río o un arcoiris, para recordarnos que el verdadero amor existe y es eterno.

EL ENOJO DE LA MONTAÑA DEL FUEGO

Al llegar la primavera del año 1640, una tribu huilliche que habitaba las faldas del volcán Hueñauca, hoy llamado Osorno, convocó a todos los caciques de las tribus, de hasta 300 leguas a la redonda, para participar en la celebración del Ngillathun*. Esta era una ceremonia sagrada que hacían cada cuatro años para dar gracias y pedir buena vida a Ngunechén, el Creador, Padre y Dueño del universo.

Para Ailef (cuyo nombre significa Loma Bonita), hija del cacique Kumillanca (Piedra Buena y Valiosa), era una especial ocasión de alegría y, desde algunos meses antes se preocupó, junto a su madre, de hacer los preparativos. Los caciques invitados viajaban con sus esposas. Los hombres pasarían todo el día intercambiando experiencias, aclarando rencillas y haciendo pactos de paz, y las mujeres, junto con ayudar a las anfitrionas,



aprovecharían también de dar y recibir consejos y hacerse pequeños regalos.

Al kawuin* había llegado ya la tribu de los poyas, habitantes de la zona norte del lago Nahuel Huapi al otro lado de la tierra de los volcanes; los cuncos, que habitaban al norte del lago Hueñauca, a su alrededor y hasta el mar; los caucau, indígenas costeros de Reloncaví y Kalffüko; los puelches, aquellos que vivían al otro lado de la Degiñ Mapu, cercanos a los Vuriloches, también invitados. Faltaban únicamente los que venían del norte, los mapuches, pero, al caer la tarde anunció la llegada el cacique mapuche Antiñanco (Águila del Sol), con su mujer e hijo menor, Millaluán (Guanaco de Oro). Todos los recibieron con alegría y saludos.

Loma Bonita reconoció al muchacho con quien hace diez años había jugado, tal como lo hacen los niños mientras los adultos se preocupan de asuntos serios. Guanaco de Oro también la reconoció, saludándola y sonriéndole.

Como las actividades programadas comenzarían al día siguiente con la salida del Sol, que en esa época del año se le apreciaba subir por la ladera sur del volcán Kalffüko, los viajeros tendrían tiempo para descansar y comunicarse entre sí.

Guanaco de Oro, después de refrescarse y beber en las entonces puras aguas del lago, se sentó a descansar en una roca negra y porosa que había lanzado el volcán en su última erupción. Al sentir un leve sonido de pie-



dras en la orilla, se dio vuelta y descubrió a Loma Bonita:

—¡Qué grande está Ailef! —exclamó sonriendo.

—¡Más crecido está Millaluán! —dijo ella con una sonrisa.

Vestía un reluciente quipán con ambos hombros cubiertos, como corresponde a una soltera. Las casadas llevaban el vestido con un hombro descubierto. El rostro fino y de líneas delicadas de Loma Bonita era embellecido por la luz de su mirada que parecía impregnarla completamente, haciéndola encantadora a los ojos del muchacho.

—¡Ahora me parece más hermoso este lugar! —agregó Guanaco de Oro, mirando alrededor y contemplando el horizonte azul del lago, adornado con enormes nubes de un intenso color anaranjado. Después, con la mirada escaló lentamente hasta la cumbre nevada del degiñ y concluyó:

—Pero esta vez el Pirepillán no me parece tan enorme. Cuando niño creía que llegaba hasta el wenu* ¡Cuando uno es weñi* todo parece inmenso!

—Si Guanaco de Oro dice «Pirepillán», ¿está pensando en nuestro «Hueñauca»? —lo interrogó la jovencita dándole un especial énfasis a sus palabras.

—Sí, estoy hablando del volcán. ¡Me olvidaba que ustedes le llaman Hueñauca! Para nosotros es el Pirepillán.

—Cuando era una niña no me importaba que cada visitante le llamara de una manera diferente. Hasta me

parecía divertido; pero ahora me confundo cuando a nuestro Hueñauca lo llaman con distintos nombres.

Guanaco de Oro sonrió, no comprendiendo la preocupación de su amiga. Entonces, Loma Bonita siguió el hilo de sus pensamientos:

—Por ejemplo, esos que están allí, los poyas, a veces le llaman al volcán «Chodhueco» y otras veces «Chodhuanpire». Los cuncos le dicen «Quetrupe» o «Quetrupillún». Los caucau, le llaman simplemente «Pire» y, también como ustedes, «Pirepillán». Los que están bajo esos arrayanes, los puelches, le dicen «Paratún», «Patahuille» o «Puhahuen». Los vuriloches le llaman el «Cuyuñeto». Incluso los de nuestra misma tribu huilliche que viven más al sur, le llaman «Purahuilla», y otros «Purarahue». ¡Tantos nombres para una sola montaña de la nieve! ¡Es una confusión! A veces, ni los mismos adultos saben de quien están hablando. ¡Además, no creo que al espíritu del degiñ le agrade! ¡Estoy segura de que le provocará enojo!

El muchacho reía de la apasionada preocupación de su amiga de la infancia.

—¡Ailef se molesta al ver a su amigo reírse de algo sagrado y darse cuenta que con la edad se ha vuelto como todos! —exclamó alterada, levantándose con energía y saliendo a toda carrera, dándole la espalda al lago y al muchacho, quien la vio alejarse iluminada por los últimos rayos del Sol.

Las sombras de la noche comenzaron a invadir con lentitud el gran lago y los bosques, penetrando entre los huecos de las matas de rüngi* y las copas de los floridos mulmu, hasta cubrir toda la tierra alrededor del volcán. De un azul oscuro e intenso, el wenu mapu* pasó a un negro azabache, salpicado de cientos de küdewallung* distantes, agrupadas en misteriosas constelaciones. Mientras tanto, en diversos lugares, en derredor de las rukas, los invitados compartían los alimentos asados en los fuegos, conversando y riendo animadamente.

Loma Bonita, contemplando el firmamento, de pronto descubrió algo que le congeló el rostro. Se levantó con agilidad y acercándose al cacique, le dijo:

—¡Padre, mire allá! —y acompañó las palabras con el brazo extendido, indicando la cúspide de la montaña blanca. Un hilillo de humo salía de la cima, subiendo en silencio y dibujándose claramente sobre la enorme Luna que comenzaba a iluminar el valle.

—¡Ngünechén! ¡Dueño de la tierra y el firmamento! ¡El Hueñauca ha comenzado a vomitar fuego!

Los huilliches que estaban alrededor se pusieron de pie, como impulsados por una fuerza suprema. En sus ojos, como un relámpago, refulgió la sorpresa y el temor.

—¡El Hueñauca está preñado de fuego! —gritó uno de los ancianos.

Los hombres y mujeres de las otras tribus, al escuchar los gritos, descubrieron en lo alto el motivo del alboroto. Se acercaron con los ojos y bocas abiertas a la ruka del cacique Kumillanca.

—¡El Chodhueco está echando humo! —exclamaron los poyas.

—¡El Quetrupillún ha despertado! —gritaron los cuncos.

—¡El Pire va a expulsar todos sus malos pillanes! —expresaron los caucau.

—¡El Patahuille se destapó! —clamaron los puelches.

—¡El Cuyñeto anuncia sus lenguas de fuego! —aullaron los vuriloches.

Había terminado de hablar el último hombre, cuando un fuerte ruido venido de lo más oculto del volcán anticipó un largo temblor, remeciendo toda la tierra. Los hombres y mujeres no se dieron cuenta cómo, de un segundo a otro, quedaron en línea horizontal a causa del estremecimiento, espantados los rostros ante la vista de una bocanada de humo y llamas esparcidas por el cielo. Inmediatamente asomó en la cima del volcán una lengua roja de lava ardiente que comenzó a bajar por la ladera sur, deshaciendo a su paso la nieve y convirtiéndose en un enorme río de piedras, agua y fuego, arrasando con todo lo que encontraba al paso.

Cundió el terror. El padre de Loma Bonita, antiguo conocedor de esas tierras, intentó calmar a las visitas Ila-

mándolos a la cordura, porque sus mentes enloquecidas por el temor no podían razonar.

—Venerado Kumillanca —dijo el joven Guanaco de Oro, adelantándose al grupo—, quiero decirte algo importante.

—Dime, Millaluán...

En ese instante, una nueva lengua de fuego inundó la ladera del volcán. El humo formaba una enorme nube gris y del cielo caía lluvia de cenizas que cubrían las hojas de los árboles y la superficie de las aguas del lago. Los hombres quedaron petrificados ante tal espectáculo, sobre todo al comprender ahora que sus vidas corrían peligro. Las mujeres se abrazaban acurrucadas en los tollos, esperanzadas en que las débiles construcciones las protegerían.

—¡Será necesario suspender el kawuin y volver a nuestras tierras! Creo, cacique Kumillanca, que el Pirepillán está molesto —concluyó con voz asustada el cacique de los caucau.

—Entiendo tus temores, pero quizás la furia del Hueñauca no continúe. Lo conozco. Pronto se calmará.

—¡Como también pudiera ser peor! ¡Nadie sabe lo que el Quetrupillún podría hacer! —agregó uno de los cuncos.

—Cacique Kumillanca, quiero decirle algo —volvió a intervenir Guanaco de Oro.

—Te escucho, hijo.

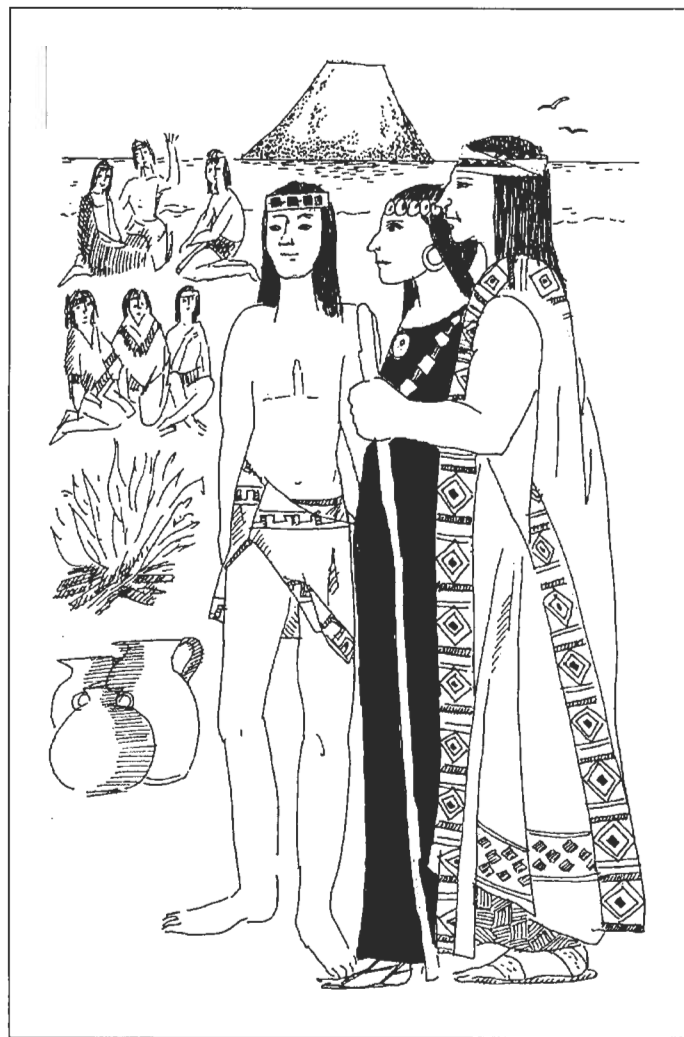
—Cuando llegamos esta tarde, me reencontré con su hija Ailef, que ya es una jovencita, respetado cacique. Ella me comentó que, tal vez, el volcán se enojaría si cada una de las tribus continuaba llamando a la montaña del fuego con nombres distintos, creando confusión en los hombres y en los espíritus de la montaña. Yo me reí. Lo lamento, le pido disculpas a ella ante todos ustedes. Me he convencido: ese es el motivo de enojo del espíritu del volcán. Con mi corazón arrepentido le pido perdón al Pillán, espíritu de nuestros antepasados.

Loma Bonita escuchó atentamente las palabras del joven. Esbozando una sonrisa suave y tranquila de satisfacción, percibió que el joven volvió a ser el que conoció.

El cacique Piedra Buena y Valiosa buscó con la mirada a Loma Bonita, caminó unos pasos y la abrazó. Él sabía de la especial sensibilidad de su hija para interpretar lo invisible, aquello que el común de los mortales no podía distinguir. Después de mirar la cima del volcán, le preguntó:

—Ailef, mi adorada hija, recorro a ti con el fin de buscar una solución. Según tu pensamiento, ¿qué podríamos hacer para calmar la furia del Pillán?

—Creo, padre, que debemos llamarle de una sola manera. Que todas las tribus presentes acepten únicamente un nombre para la montaña del fuego y se tenga como lugar sagrado que es.





—Sí, sí, estamos de acuerdo. ¿Pero con cuál nombre quedarnos? —preguntó el cacique caucau.

—Yo les digo: nosotros le llamamos Hueñauca —intervino Loma Bonita—, nombrado así por nuestros antepasados. Ellos observaron que casi siempre rodea al degüñ un cielo revuelto, cubierto de nubes rebeldes: de allí la razón de su nombre. Les propongo continuar llamándolo de ese modo. Ustedes deberán aceptarlo, a pesar de que sus lenguas puedan tener diferencias. A algunos seres debemos llamarlos con un solo nombre para que tengamos en lo sagrado una unidad.

—¡Estoy de acuerdo! —exclamó un joven vuriloche.

—¡Nosotros también aceptamos! —afirmó el cacique de los cuncos.

—¡Sí, sí, todos le llamaremos Hueñauca! —gritaron a coro hombres y mujeres.

En ese preciso instante saltó una inmensa lengua de fuego acompañada de ruidos profundos y un fuerte temblor de tierra. Creyeron que era el final de todo. Sin embargo, después de un rato, el humo pareció disminuir lentamente y los ríos de fuego extinguirse. Sólo siguió cayendo durante la noche la ceniza llevada por el viento, depositándola sobre el bosque y la superficie de las aguas del lago.

Al otro día, y después de pasar largas horas sin cerrar los ojos, las diferentes tribus se dieron cuenta de que el peligro había pasado. Comenzaron a reordenar sus ob-



jetos personales y a disponerse a llevar a cabo lo propuesto. Habían viajado mucho para llegar hasta allí y no regresarían sin haber alcanzado algunos acuerdos. A pesar de todo, comprendieron haber conseguido quizá el más importante sin habérselo propuesto: el nombre de la montaña sagrada.

Loma Bonita buscó a Guanaco de Oro y lo invitó a inspeccionar los destrozos del volcán. Llegaron hasta una pequeña laguna cuyas aguas tenían un color verde intenso. Carilafquén, le dijo ella que se llamaba, es decir, «laguna verde». Guanaco de Oro quedó impresionado de ese lugar, el que realmente parecía ser un ojo verde del volcán.

El joven tomó la mano de la muchacha y le dijo:

—Quiero que Ailef perdone la risa de ayer. Mi ignorancia e insensibilidad me dominaron.

—Perdono a Millaluán porque sé que tiene un valeroso y gran corazón, especialmente por haber reconocido ante los demás su error. Y eso es grande para mí...

—Ailef, te prometo que pediré a mi padre la autorización para venir a vivir a esta tierra que llena tanto mi alma —le dijo el muchacho cuando regresaban por el sendero que rodea el volcán y llega a la ribera del Gran Lago.

De pronto, Guanaco de Oro se detuvo y le habló:

—Ailef, si al volcán le llamaremos Hueñauca, ¿cómo nombraremos a la gran laguna?

—Razón tiene Millalúan, porque no podemos llamar al lago del mismo modo que al volcán. Deben ser dos nombres distintos.

—Mira a tu alrededor: el lago está como sumergido en la selva, cubierta de bosques, alejado y oculto del mundo. Te propongo llamarlo «Lugar Escondido», es decir, «Llanquihue» en nuestra lengua mapuche.

—¡Llanquihue! ¡Llanquihue! ¡Es un hermoso nombre! ¡Se lo propondremos a mi padre y a los demás! ¡Estoy segura de que lo aprobarán! ¡Llanquihue! —exclamó finalmente la muchacha, brillándole el rostro de alegría.

Guanaco de Oro, tomó su mano y la llevó corriendo a la pampa donde estaban las rukas. Todos los allí reunidos aprobaron el nuevo nombre del lago, el que hasta ahora nadie ha cambiado. Sólo el nombre de la montaña del fuego, Hueñauca, fue reemplazado por el de volcán Osorno, a causa de la cercanía con la ciudad fundada en 1558 por el gobernador español de Chile, don García Hurtado de Mendoza, quien la bautizó de ese modo en recuerdo de su suegro, el conde de Osorno.

LA CONQUISTA DEL LAGO LLANQUIHUE

(Cuento basado en la Relación escrita en febrero de 1842 por don Bernardo Eunom Philippi, al hacer el viaje entre Melipulli y el Lago Llanquihue. Sus parlamentos colocados entre comillas en este relato corresponden a citas textuales de dicha Relación.)

El 27 de enero de 1842, un grupo de expedicionarios tomó rumbo al entonces ignoto lago Llanquihue desde el Astillero de Melipulli, actual ciudad de Puerto Montt, la que en esos años era apenas una aldea con no más de 30 improvisadas casas de madera y 200 habitantes.

El lago Llanquihue, o laguna, como la calificaban algunos, había sido conocida por los españoles tres siglos antes. Pedro de Valdivia, en 1552, con la intención de abrir un camino a Chiloé, lo descubrió, y sin saber que ya tenía nombre, le llamó, por un tiempo, Lago Valdivia. Seis años más tarde, García Hurtado de Mendoza lo redescubrió, ignorando también que en sus riberas habitaban desde tiempos inmemoriales diversas tribus indígenas. Incluso, es probable que lo hayan visitado hacía doce mil años los hombres y mujeres que vivieron a orillas del estero Chinchihuapi, un afluente del

Maullín en Carimahuida (Monte Verde), los más antiguos habitantes de la zona sur que se tenga memoria.

El Camino Real, abierto por los españoles entre la recién fundada ciudad de Osorno y el seno de Reloncaví, fue trazado muy lejos del lago, lo que ayudó a que el Llanquihue pasara inadvertido durante siglos para los viajeros.

Integraba el grupo de exploradores el conocido naturalista prusiano Bernardo Eunom Philippi, quien estaba empeñado en investigar el entorno natural y humano del sur de Chile. Lo acompañaban en esta nueva aventura su amigo Richard Kenderdine, de Manchester; Charles Herbst, un empleado; Víctor Monroy, un soldado; el guía Francisco Maldonado, además de Aníbal Mansilla, José Vargas y Seín González, sencillos hombres de trabajo originarios de Chiloé.

Salieron de Melipulli por una de sus cuatro colinas (de allí el nombre en mapudungún: meli, cuatro; pulli, colina), y rápidamente llegaron a terreno plano. Ante ellos se dibujaba un extenso valle cubierto de tupida vegetación. A través de una senda cubierta de tablones y troncos, construida por los trabajadores de las «minas» (donde elaboraban las tablas y tejuelas de alerce), los hombres continuaron su camino, observando ocasionalmente, a través de los altos alerces, coigües y mañíos, la cúspide nevada de los volcanes Osorno y Calbuco. A poco andar arribaron al río La Arena, cuyo reducido cauce lo hacía

parecer más bien un arroyo.

—¡Hasta aquí llega el camino de alerces caídos! —exclamó Bernardo Philippi, inspirando con placer el aroma a madera y agregó: —Nos detendremos a almorzar en este claro.

Los tres chilotes, dejando en tierra las capas, pellones, hachas, machetes y provisiones, se refrescaron abundantemente en las cristalinas aguas del riachuelo. Philippi repartió una porción de harina tostada en cada uno de los jarros de los hombres, quienes agregaron a gusto agua, sal o ají, tal como lo hacen a diario los trabajadores de las minas de alerce para preparar su famoso ulpo.

Comieron con tranquilidad, escuchando el suave transcurrir del agua, interrumpidos de vez en cuando por el estridente canto de las bandurrias que cruzaban el trozo de cielo descubierto. De pronto, fueron sorprendidos por el hermoso y agorero canto de un chucao, sumándose uno en uno el de otras aves que entretejían así un colorido concierto de mediodía.

—¡Desde aquí hay que abrirse paso con el hacha y el machete! —dijo Francisco Maldonado, hombre de estatura baja, rostro moreno, ojos negros y gruesas cejas.

—De acuerdo, pero antes dejemos unas marcas en esos árboles para orientarnos al regreso. Richard, encárgate de uno y yo del otro —propuso Bernardo Philippi.

Mientras con sus machetes hacían unas cruces en

la corteza de dos arrayanes, Maldonado, a sus espaldas, les hablaba:

—¡Jesús! ¡Hace catorce años hice esta misma ruta, pero la selva tapó totalmente el sendero!

—Señor —intervino Mansilla, dirigiéndose a Philippi— ¿usted ha escuchado lo que se dice de la laguna Quetrupe Pata?

—¿A qué se refiere, Aníbal?— le preguntó este, sabiendo que en Chiloé conocían al Lago Llanquihue con ese otro nombre.

—A las historias que se cuentan de aquella laguna, señor.

—Algo he oído, pero sólo cuando las confirme podré darlas por ciertas.

—¡Son cuentos, nada más, señor! ¡Yo estuve en la laguna, dormí en sus orillas y no vi nada! ¡Historias que los miedosos imaginan! —afirmó riendo el práctico y aventurero Francisco Maldonado.

—¡Yo también he escuchado esas historias y no me parecen motivo de risa! ¡En este mundo no existe sólo lo que usted puede ver y tocar...! —exclamó Seín González.

—Pero —intervino Richar Kenderdine en un mal español— ¿de qué hablan esos cuentos?

—Aquella laguna, dicen, es tan grande que llega hasta la Argentina y también dicen que en sus aguas viven unos extraños monstruos. ¡Son tremendamente feroces y si descubren a un humano, de un sólo mordisco se lo tra-

gan! —relató Aníbal con una expresión seria y temerosa.

—Y eso no es nada —agregó José Vargas—. ¡Allí habita una tribu primitiva que come carne humana!

—¡Y nocturnos pájaros gigantes que le sacan los ojos a los intrusos! —acotó Seín González.

—¡Déjense de hablar tonteras y carguen sus cosas, será mejor!— concluyó Francisco Maldonado.

Los hombres cruzaron el riachuelo y machete en mano se abrieron camino cortando ramas de coigües y coligües que obstaculizaban el paso. Habían entrado a un mundo húmedo, donde no llegaban los rayos del Sol y el cielo ya no era azul, sino verde. El suelo se transformó en una alfombra de musgo, raíces y florecillas silvestres. Ante ellos se presentaban cientos de caminos posibles, cubiertos de largas raíces al aire y enredaderas colgando desde gran altura. Los hombres sintieron la fuerte atracción de lo misterioso y, al mismo tiempo, el natural temor ante lo extraño y sorpresivo.

—He pensado, Richard, acerca de lo que dicen de la laguna y llegué a una conclusión: creo que son cuentos inventados por los aborígenes residentes para difundir el temor en otras tribus, entre los españoles y chilenos, a fin de mantenerlos alejados.

Kenderdine escuchó con atención las palabras de su amigo Bernardo mientras caminaban, asintiendo con ligeros movimientos de cabeza.

De improviso, los hombres quedaron congelados:

ante ellos se erguían unos árboles monumentales.

—“¡Por Dios, qué alerces! ¡Estos no se acabarán jamás!”— exclamó Seín González, mientras su vista dimensionaba un ejemplar desde la base del tronco a la copa.

Mudo, Richard Kinderdine observó los árboles. Bernardo Philippi acudió en ayuda del amigo, respondiendo a las interrogaciones que dejaba traslucir su rostro:

—El alerce, o lahuán, como lo llaman los nativos, pertenece a la especie de árboles gigantes. He medido varios que tienen un diámetro de 15 pies, lo que explica que, a pesar del poco cuidado que se toma para trabajarlo, perdiendo una cantidad indecible de madera, un solo ejemplar proporciona entre 500 y 700 tablas.

Pasada la impresión, y tras seguir abriendo sendero, cerca de las cinco de la tarde los pies de los exploradores comenzaron a sentir un suelo blando.

—Don Bernardo —dijo el guía— debemos buscar agua para llenar las cantimploras, porque en muchas horas más no la encontraremos.

Philippi ordenó detener la marcha. Unos hicieron fuego y otros buscaron inútilmente un arroyo. Philippi, provisto de una estaca, hizo dos hoyos en el suelo. Después de unos minutos de espera, afloró de estos agua color café oscuro. Philippi, Mansilla y Vargas intentaron aclararla vaciándola con sus manos, pero volvía a emerger turbia. Como ya la noche cubría de negro el cielo verde,



los hombres prepararon el ulpo con esa agua que, de todos modos, gracias al color de la harina y de la noche, se confundía.

Una intensa lluvia los obligó a cobijarse bajo el tronco de un alerce caído. Acomodaron como colchones las estopas arrancadas de la corteza y tapados con sus mantas se abandonaron al sueño. La lluvia continuó hasta el amanecer. Entonces, los hombres colocaron los jarros en el vértice de unas hojas de pangué, por donde escurrió el agua hasta llenarlos y luego los vaciaron en las cantimploras.

Iniciado el segundo día de viaje, y tras caminar algunas horas, llegaron hasta un claro de varios kilómetros descubierto de bosque. Aquella visión fue un golpe fuerte en el espíritu de los expedicionarios.

—¡Miles de árboles quemados! —exclamó Philippi, con una palidez cadavérica en el rostro.

Sobre el extenso terreno se veían los troncos carbonizados de los árboles, pertenecientes a la misma especie admirada el día anterior: los alerces.

—¡Esto parece obra de espíritus malignos! —exclamó Seín González.

—¡Se lo dijimos, don Bernardo, aquí habitan brujos! —afirmó José Vargas.

—¡Silencio! ¡El único brujo responsable de esto lo tienen frente a ustedes! —irrumpió Aníbal Mansilla indicando con un gesto a Maldonado.

Los hombres quedaron mudos. El guía sintió la po-

derosa mirada de todos, pidiéndole una explicación. Entonces, habló:

—Cuando vine por primera vez a la laguna, intenté despejar un poco la selva con fuego, pero un fuerte viento sur lo propagó, convirtiendo estos bosques en un infierno. ¡Yo no quise hacer tanto daño!

Francisco Maldonado, con el rostro compungido y su cuerpo nervioso, percibió el reproche silencioso de los compañeros.

Contemplaron los tristes restos del bosque, sin atreverse a dar un sólo paso. Entonces, Seín González, se acercó a Maldonado y le dio un fuerte golpe en el mentón. Este trastabilló y al instante recibió un golpe tras otro. El chilote González estaba fuera de sí: le habían tocado, como hombre nacido y criado en el campo, lo máspreciado: sus árboles.

—¡Basta, Seín! —intervino Philippi—. ¡Esto nada arreglará! ¡Los golpes no harán brotar estos árboles nuevamente! ¡Es un daño enorme que difícilmente lo borre el tiempo, pues los alerces demoran cientos y miles de años en crecer! Su nombre, Maldonado, quedará ligado a este desastre y ese quizás sea el peor castigo.

Nadie dijo nada más. Ya era tarde y los hombres tenían hambre. Philippi decidió hacer un alto en ese mismo sitio, conocido desde entonces como la «Mancha del Alerce Quemado». El desolado paisaje del entorno los obligó a comer en silencio. Transcurrida una media hora,



se pusieron en pie para continuar. El viaje se hizo entre los troncos carbonizados, hasta llegar anocheciendo a la entrada de un frondoso bosque, donde pasaron la noche alrededor de una fogata para atenuar el intenso frío.

Al amanecer del tercer día y después de caminar dos horas, cercano al Río Pescado, apareció ante sus ojos la superficie del lago Llanquihue. Había concluido el viaje de veinte kilómetros existente entre Melipulli y el lago a través de la selva. Con paso apresurado, ansiosos, salieron de la espesura del bosque y bajaron a la orilla pedregosa.

El grupo de ocho hombres quedó estático frente a la inmensidad azulina de las aguas. Era un bello día. El Sol se reflejaba en las nieves de los volcanes y como dos espejos desviaban los rayos hacia las profundidades del lago. Bernardo Philippi permaneció sin habla. Los compañeros de ruta distinguieron unas silenciosas lágrimas resbalando por el rostro del jefe, las que se perdieron en su barba. Después, modulando las palabras con lentitud, como extrayéndolas una a una de un hondo pozo, dijo:

—“El agua del Llanquihue es clara como la del Ginebra en Suiza”—. Algunos de los que le escuchaban jamás habían oído hablar de una laguna con ese nombre, imaginando que, ciertamente, debía ser como él afirmaba.

—Debe tener unas siete leguas de largo por otras tantas de ancho —calculó Richard Kinderdine.

Bernardo Philippi tenía los ojos fijos en el lago;



parecía hipnotizado. No movió un sólo músculo del cuerpo, salvo aquellos que le permitieron seguir hablando:

—“Tiene, como aquel, los nevados Alpes por un lado, la cordillera de los Andes que se levanta desde sus riberas orientales con un volcán cubierto de nieve hasta la mitad de su altura y que se interna en sus aguas”.

Los hombres guardaron silencio y, de pronto, como si lo hubieran acordado mentalmente, a grandes y rápidos pasos llegaron hasta el agua, se tendieron en la orilla y la bebieron con gusto de entre las manos.

Una vez asimilado el impacto de contemplar tal paisaje, se sentaron a descansar. Richard Kinderdine sabía que su amigo Bernardo no se contentaría con haber llegado sólo a una de las riberas.

En efecto, una hora más tarde, por orden de Philippi, Francisco Maldonado comenzó junto a los chilotes, hábiles constructores de embarcaciones, a armar una balsa de troncos unidos por lazos. Una vez terminada, navegaron por la orilla hacia el oeste, hasta llegar al nacimiento del río Maullín.

Esa noche, en una pequeña pampa rodeada de ulmos y notros, hicieron fuego, instalaron los pellones, cenaron y se dispusieron a dormir, oyendo el ruido suave y cristalizado de las aguas del lago. Sólo Philippi, cerca de la fogata, miraba tendido el firmamento. Al fondo, los volcanes iluminados por una inmensa y redonda Luna amarilla que dejaba caer sobre la quieta superficie del

Llanquihue un ancho rayo que unía las dos orillas opuestas. Las extensas riberas del contorno las cubría una sombra azul oscuro, que se aclaraba levemente hacia lo alto para desembocar en un cielo luminoso de estrellas.

Philippi se puso en pie sin hacer ruido. Caminó con sigilo hasta la orilla del lago y miró con detención las menudas olas que se deshacían en la punta de sus botas.

De improviso, creyó oír un ligero ruido tras suyo, como unos pasos sobre la arena. No se movió. Sus oídos se agudizaron intentando percibir lo inaudible. Giró con brusquedad y divisó a alguien en la oscuridad, avanzando sin temor. A medida que se acercaba, pudo distinguir la figura de una mujer vestida con una especie de túnica adornada con pequeñas coronas de flores blancas del canelo y rojas flores del notro.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí a estas horas de la noche? le preguntó Philippi algo confundido.

—Soy Licarayen (Flor de Piedra Preciosa).

—¿Licarayen? Ese nombre...

—Posiblemente lo hayas oído —lo interrumpió la mujer.

—¿Y dónde vives? —la interrogó el hombre, sorprendido, pasándose la mano por la frente, pensando que sólo era una visión.

—A orillas del Llanquihue, con mi familia huilliche.

Philippi se quedó en silencio unos instantes, como buscando en su mente, y dijo:

—Conozco una leyenda..., sí, ahora recuerdo. ¡En

esa historia la protagonista lleva tu nombre!

—Es sólo una leyenda inventada por el wingka*. En ella cuentan muchas falsedades.

—¿Como cuáles, si pudiera saber? —preguntó con rapidez Philippi, dejando ver un profundo interés.

La hermosa mujer se sentó en una roca y miró el reflejo de los astros en las aguas del lago. Sus ojos acariciaron la ladera blanca del volcán, guardó unos minutos de silencio y habló:

—Un día, de las profundidades de la tierra, el espíritu del degiñ salió a observar cómo estaba el mundo y tras su paseo ocurrió una gran explosión acompañada de humareda y lava ardiente. En ese entonces, un hombre no mapuche venido de lejos, aconsejó al cacique Huenumán (Cóndor del Cielo) ofrecer un sacrificio humano al Pillán: la jovencita más hermosa de la tribu.

«—¿La más hermosa? —preguntó el anciano cacique.

«—Sí —dijo el extraño—. Debes arrancarle el corazón y llevarlo a la cima de ese wingkul*. Desde allí un mañke* lo llevará al centro del wün degiñ*.

«Cuando el anciano quedó solo, con su alma angustiada creyó perder la razón. La niña más hermosa era su propia hija, Licarayen. Pronto llegó la jovencita junto a su amado Antilemu (Sol del bosque) e inmediatamente preguntaron lo ocurrido. El cacique, con el corazón recogido, les contó. Entonces, Antilemu, dijo:

«—¡No puede aceptarlo, admirable Huenumán!

«-¡Padre! -exclamó Licarayen- respeto y obediencia te debo y no haré nada contra tus deseos.

«-¡Es un engaño, cacique! -replicó Antilemu-. ¿No comprende que ese hombre sólo desea vengarse por no haberle dado como esposa a Licarayen, mi prometida, a quien le habla en este instante? Además, lo sabe muy bien: ¡hacer un sacrificio humano es contrario a nuestras costumbres! ¡La vida es sagrada para nosotros!

«El anciano, entonces, tomó una decisión. Llamó al extranjero y le habló:

«-Tus intenciones provienen de un corazón orgulloso y despechado. Por lo tanto, te exijo abandonar la tribu. Ya no eres bienvenido aquí.

«El cacique Huenumán ordenó hacer una ofrenda al Pillán. Le pidió al hermano cóndor llevar hasta el wün degiñ un atado de las sagradas hojas del foye. Esto aquietó al espíritu subterráneo, aceptando nuestro respeto hacia él.

«-Licarayen no murió, como dice esa leyenda. Por el contrario, vivió toda su vida a orillas del Llanquihue en compañía de Antilemu. Formaron una familia y tuvieron hijos. Estos, siendo apenas unos jóvenes, participaron a la guerra contra el wingka venido del norte. Licarayen murió en los brazos de su amado Antilemu, contemplando el Lago Escondido, que desde hoy dejará de ser escondido porque tú has llegado hasta él. Esto lo sé porque he leído tus pensamientos» -concluyó la mujer.

-¿Has podido leer mis pensamientos? -preguntó

Philippi, incrédulo.

-Sé que tu espíritu es bueno. El lafkén te ha maravillado y no tienes la muerte por escudo. Tu mente ha imaginado este lugar como una tierra ideal para vivir. Y con tus ojos del alma has visto las orillas de la laguna poblada de rukas, pero no de las nuestras, sino de las tuyas.

-Sí, sí, es verdad, pero, ¿cómo lo sabes? -contestó cada vez más intrigado Philippi.

-Gracias a la sabiduría de mis antepasados y Ngünechen, quién me regaló el don de conocer el corazón de los hombres y saber lo que vendrá mañana. Por esa causa vine hasta ti esta noche, para que no lo ignores. Tú no has descubierto este lafkén: tal vez sólo lo reencontraste para los tuyos. Vivimos aquí desde tiempos remotos. Muchos fueron a apoyar a nuestros hermanos del norte en la lucha contra el invasor y nunca volvieron. Otros viajaron a vivir más allá del gran lafkén* a una isla llamada Chilhué (Chiloé). Sin embargo, el espíritu de todos ellos sigue viviendo aquí.

Philippi quedó en silencio. Los ojos le brillaron, emocionados, y con una expresión de dolor, exclamó:

-¡Mi intención no es quitarles las tierras! ¡El mundo es grande y alcanza para todos!

-Eso pensamos nosotros también. La tierra es de todos y de nadie en particular, así como los mamüll*, los kulliñ*, los lewfü*, las wangülen*, el Antü y Küyen*. Pero, el hombre no mapuche es ambicioso y pretende



tener todo como de su propiedad.

Mientras Licarayen hablaba con una voz suave, comenzó a caminar por la orilla del lago, dejándose envolver en una tenue niebla que parecía hacer invisible su cuerpo. Philippi la siguió con paso apresurado, diciéndole:

—¡No te vayas, por favor! ¡No me dejes así, sin saber con quién he hablado! ¿Quién eres en realidad?

—Ya te lo dije: soy Licarayen. La verdadera princesa del lafkén.

—¿Tú eres Licarayen?

—¡Sí, y tú el único wingka que ha tenido la oportunidad de oír mi voz y hablarme!

—¡No te vayas, por favor! ¡No te vayas, Licarayen! —gritó una y otra vez Philippi, mientras corría por la orilla, mojando los pies en el agua.

Los hombres de la expedición despertaron al oír los gritos de Philippi. Miraron hacia el lago y lo descubrieron corriendo como un demente a lo largo de la extensa ribera. Fueron a buscarle y lo trajeron al campamento, mientras él contaba su historia.

—Bernardo, es posible que todo haya sido producto de una fiebre alta. Ahora debes descansar— le dijo Richard. Lentamente, Philippi fue recobrando la tranquilidad y repitiéndole al amigo lo ocurrido se quedó dormido sin darse cuenta.

Al otro día, Philippi se sintió mejor y trasladó los objetos personales a la balsa, percibiendo con sorpresa

que los compañeros de viaje no tenían intención alguna de acompañarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nosotros, señor —habló Aníbal—, no queremos seguir arriesgando nuestras vidas inútilmente. Además, lo ocurrido a usted anoche es una prueba contundente de la existencia de espíritus malignos en este lago— agregó José.

—¡Deseamos regresar vivos a Melipulli! —exclamó Aníbal.

—¿Todos piensan lo mismo? —interrogó a los hombres, mientras los observaba uno a uno. Sólo tres afirmaron su decisión con un movimiento de cabeza. Seín, acercándose, le confió:

—Yo sigo con usted, don Bernardo.

—¿Y tú, Maldonado?

—Creo que ya no me necesita, señor.

Después de guardar un minuto de silencio, Philippi respondió:

—Tienes razón. De acuerdo a lo pactado, ya hiciste tu parte. Bueno, pueden regresar entonces. Llévense el equipaje necesario para la vuelta.

Richard, Herbst y Seín cogieron el poncho, la escopeta y un par de tiros de reserva y subieron a la balsa donde les esperaba Philippi. Este, en el acto, impulsó la embarcación con una larga vara apoyándola en el lecho

bajo del lago. En la orilla se quedaron los tres hombres, observando cómo se alejaban. Cuando la balsa dobló por una puntilla, dieron media vuelta y retomaron el camino de regreso.

Durante cuatro días, Philippi y sus hombres exploraron la orilla del Llanquihue en dirección norte, viviendo situaciones en extremo peligrosas para sus vidas. Hambrientos, con la ropa destrozada y en malas condiciones físicas llegaron hasta Totoral, más allá del lugar que hoy ocupa la ciudad de Frutillar.

Ante la difícil situación anímica del equipo de exploradores, Philippi se vio obligado a regresar. En un momento desesperado, ya sin alimentos, echaron los lazos de cuero a cocer para reblandecerlos y mitigar el hambre. Desfallecientes, el día domingo 5 de febrero arribaron a las minas de alerce, donde prefirieron esperar hasta la tarde la llegada de los trabajadores, quienes los auxiliarían con alimentos para después caminar el último tramo hasta Melipulli.

Bernardo Philippi había abierto una ruta al lago Llanquihue, el que había permanecido oculto y olvidado durante tres siglos para el hombre no mapuche. Philippi, se convirtió posteriormente en el precursor de la llegada de los colonos germanos a la zona. La aparición de Licarayén lo hizo pensar en ciertos hechos difíciles de explicar a través de su razonamiento científico. Comprendió que su espíritu logró engrandecerse al contem-

plar aquel paisaje. Había podido sentir esa maravillosa conjunción del volcán, las estrellas, los bosques y el lago, con el alma de todos los seres que vivieron en sus orillas.

LA VISITA DE LOS WINGKAS

Antipani (Puma del Sol), adolescente de contextura recia y piel morena, se dirigió corriendo hasta la orilla del Llanquihue. Se detuvo frente al tronco de un roble anciano, que una noche de tormenta cayó sobre el agua formando un angosto y abandonado muelle natural. De un salto subió al árbol y caminó como un experto equilibrista hasta el extremo opuesto, bifurcado en dos gruesas ramas. Era su lugar preferido, donde todas las mañanas hacía su aseo personal, zambulléndose dos o tres veces en las transparentes aguas del lago. Después, se ajustaba la chiripá y se tendía a secar sobre el tronco.

El astro refulgente de la mañana escalaba paso a paso el volcán Hueñauca y despertaba con sus rayos al volcán Kallffüko. Un estallido de luz naranja alejó las nubes cargadas de agua, invadiendo el cielo de una luminosidad celeste y azul profundo. Una multitud de ban-

durrias cruzó en dirección a los claros del bosque en busca de comida. De pronto, una flecha de luz brillante unió las dos orillas: amanecía en el Lago Escondido, el mundo de Puma del Sol, pleno de bosques, agua, canto de aves y montañas nevadas, donde vivía de tiempos inmemoriales su tribu huilliche.

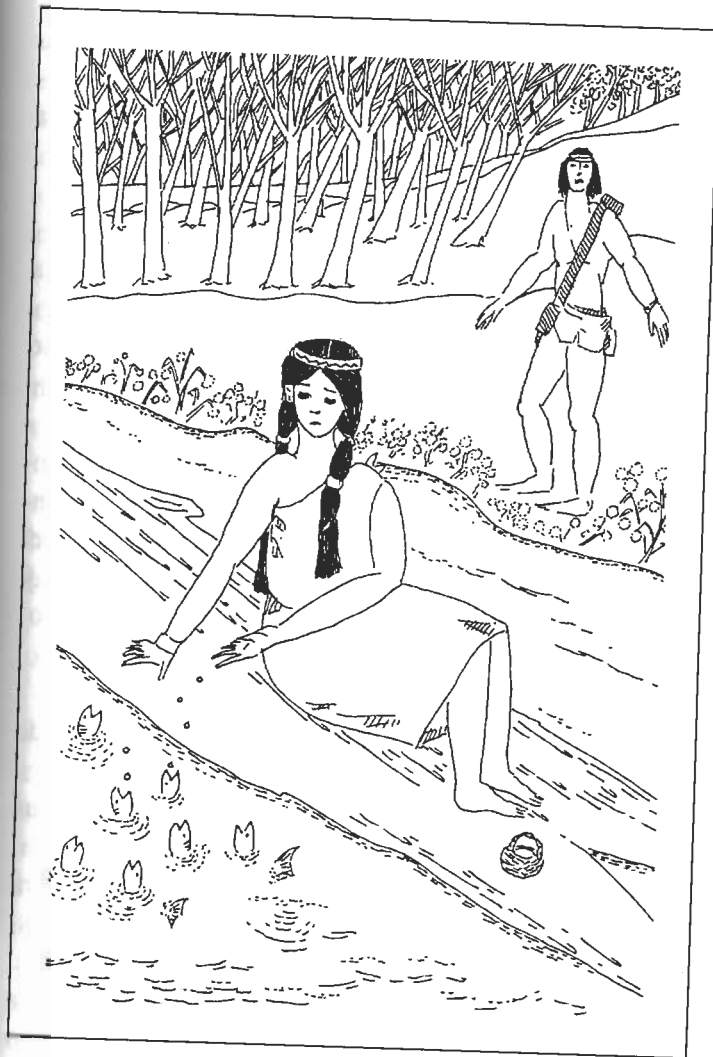
Puma del Sol sintió un leve cimbrar del tronco, junto con percibir unas débiles ondas en la superficie del lago. No giró la cabeza para saber la causa, la conocía: era Küyen (Luna Encantada). Una jovencita de cabello negro tejido en dos trenzas y envuelta en un vestido largo y claro, caminaba a pie descalzo sobre el tronco, llevando entre los brazos un cántaro de greda. El muchacho se levantó y dándose vuelta percibió la luz del Sol reflejada en el rostro de la niña, embelleciéndola en medio de un haz dorado.

—Un hermoso amanecer para Küyen —le dijo él.

—También lo sea para Antipani— le contestó la niña sonriendo.

El joven estiró los brazos en silencio para tomar el cántaro y ella lo abandonó con naturalidad, como un gesto repetido muchas veces.

Puma del Sol cogió el tiesto y dando unos pasos se sentó en la horcaja formada por las dos ramas principales en que se dividía el grueso tronco. Puso el cántaro sobre el agua y esta comenzó a entrar silenciosamente. Luego debió hundirlo más para llenarlo. Al instante se



oyó un gracioso gorgoreo, como si la vasija se alegrara de recibir el refrescante líquido. Cuando el cántaro estuvo lleno, lo levantó y caminó sobre el tronco, tras Luna Encantada. Al llegar a la orilla, lo dejó en tierra.

—Gracias, Antipani —le dijo ella.

—Nada debes agradecer.

—Traje un kofke* para tus pececitos —replicó la muchacha.

El joven esbozó una sonrisa amorosa y le propuso con los ojos encendidos:

—¿Me quieres acompañar?

Ella afirmó sólo con un enfático y alegre movimiento de cabeza. Entonces, ambos volvieron al roble, sentándose cada uno en una rama. Luna Encantada sacó del pequeño morral amarrado a la cintura un pan redondo y se lo pasó a su amigo. Este lo partió y echándose un trozo a la boca, lo degustó con placer.

—¡No es para ti! —exclamó la niña.

—¿No me ha traído Luna Encantada un kofke de regalo?

—Sí, pero no es para que lo coma Antipani, sino sus peces —respondió sonriendo la muchacha.

—¡Pero ellos sólo comen la miga, el resto es para mí! —exclamó él, mientras sacaba la miga del pan y, deshaciéndola entre los dedos, comenzó a lanzarla al agua. En el acto, un cardumen de diminutos peces subió a la superficie para comerlas. Puma del Sol miró el rostro

absorto de Luna Encantada, en cuyos ojos se reflejaba el agua y, tanto estos como todas sus facciones, parecieron sonreír. Ella sintió su mirada y se turbó. Entonces, Puma del Sol lanzó un segundo puñado de migas, congregando al instante más peces, los que parecían agradecerle con rápidos brinco sobre el agua.

—¡Ese kofke lo hice yo misma para tus peces! —exclamó la niña, sin saber qué decir en ese momento.

¡Gracias! —le contestó él, y delicadamente tomó la mano de la chica, agregando: —¡Gracias le doy también a estas bellas manos que amasaron el pan para mis peces!

El Sol ya había llegado a la cumbre del volcán y daba la impresión que de un momento a otro se iba a lanzar al vacío para iluminar cada vez con mayor fuerza la tierra.

En ese instante apareció corriendo un chico con los ojos desorbitados.

—¡Peñi*! ¡Peñi! —gritó.

—¿Qué pasa, Aucapán (Puma Rebelde)? ¿Qué bicho te ha picado esta vez?

El recién llegado les hizo un gesto para que se acercaran.

—¡Habla, peñi!

—¡Silencio! —los hizo callar, mirando en todas las direcciones.

—¿Qué pasa, Aucapán, para que tengas el cabello como un kurutroltro*?

—¡No es broma! ¡He visto a los wingkas llegar al lago!

—¿Qué?

—¡Un grupo de ellos está allí, al otro lado de aquella entrada del lafkén! —indicó exaltado.

—¿Y cómo lo sabes?

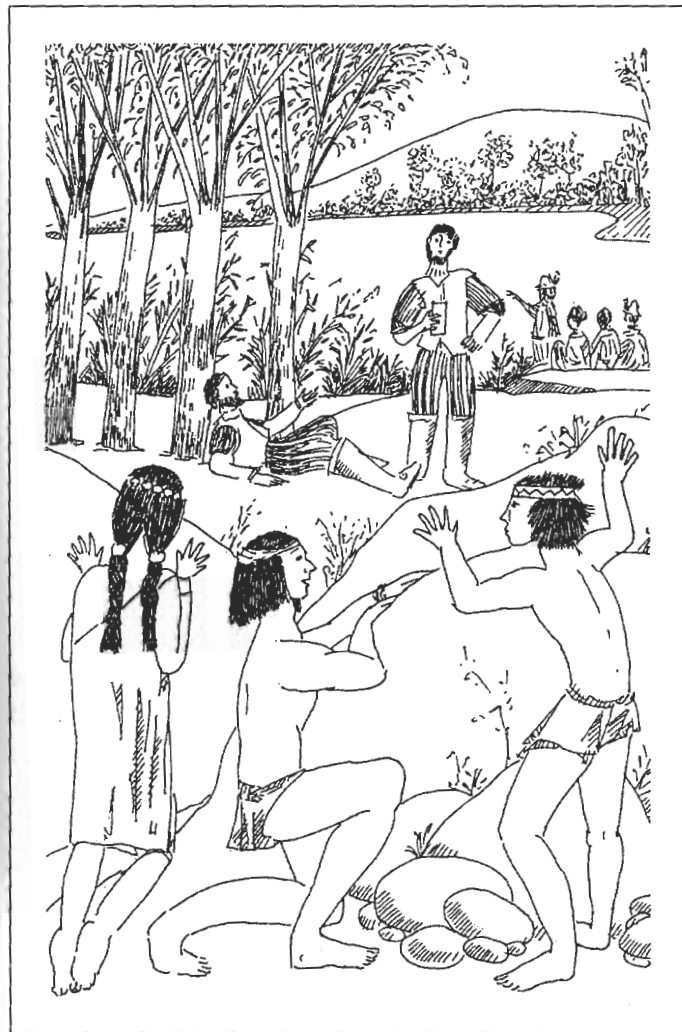
—¡Yo los vi, escondido tras unas rocas! ¿Quieren comprobarlo por sus propios ojos?

La pareja respondió con un movimiento simultáneo de sus cabezas. Y, acto seguido, ambos siguieron a Puma Rebelde que ya sin decir palabra entraba al bosque. Tomaron una senda por la orilla del lago y, después de unos minutos, ocultos tras unas rocas, descubrieron a los extraños.

Un grupo de soldados españoles, con sus atuendos destrozados y cubiertos de barro, descansaban bajo unos coigües, mientras otros lo hacían a orillas del lago.

—Esta es, sin duda, don Alonso, la laguna que don Pedro de Valdivia descubrió hace ya seis años —dijo el de mayor edad, tendiéndose sobre unos cueros.

—Y, pues por eso lleva, en justicia, señor gobernador, el nombre de lago Valdivia —le contestó el otro hombre que, afirmado en uno de los troncos, escribía con una pluma de ave en unos míseros y pequeños trozos de papel sobre sus rodillas. Puma del Sol observó que este era joven, delgado y lucía una hirsuta barba. Durante unos minutos estuvo concentrado, como si nada existiera al-



rededor. De pronto, dejó la pluma a un lado y se levantó, dirigiéndose a quien era el gobernador García Hurtado de Mendoza, que permanecía tendido.

—Señor gobernador, si os place, os ruego escuchar estos mis últimos versos.

—Con mucho placer, mi noble Alonso. Espero que su privilegiada pluma alivie mi maltratado cuerpo y alma.

El joven poeta, cuyo nombre era Alonso de Ercilla y Zúñiga, con los trozos de papel en sus manos, leyó:

*Nunca con tanto estorbo a los humanos
quiso impedir el paso la natura
y que así de los cielos soberanos,
los árboles midiesen el altura,
ni entre tantos peñascos y pantanos
mezcló tanta maleza y espesura,
como en este camino defendido,
de zarzas, breñas y árboles tejido.
También el cielo en contra conjurado,
la escasa y turbia luz nos encubría
de espesas nubes lóbregas cerrado,
volviendo en tenebrosa noche el día,
y de granizo y tempestad cargado
con tal furor el paso defendía,
que era mayor del cielo ya la guerra,
que el trabajo y peligro de la tierra.
Unos presto socorro demandaban*

*en las hondas malezas sepultados;
otros, ¡ayuda!, ¡ayuda!, voceaban
en húmidos pantanos atascados;
otros iban trepando, otros rodaban
los pies, manos y rostros desollados,
oyendo aquí y allí voces en vano,
sin poderse ayudar ni dar la mano.
Era lástima oír los alaridos,
ver los impedimentos y embarazos,
los caballos sin ánimo caídos,
destroncados los pies, rotos los brazos;
nuestros sencillos débiles vestidos
quedaban por las zarzas a pedazos,
descalzos y desnudos, sólo armados,
en sangre, lodo y en sudor bañados.¹*

Puma del Sol, con los ojos desorbitados y sin haberle entendido su lenguaje, se dio cuenta de que el hombre había dejado de hablar y dando unos pasos hacia el que estaba recostado, comprobó que este dormía. Alonso de Ercilla guardó sus papeles y se retiró a la orilla.

Luna Encantada, Puma del Sol y Puma Rebelde, contemplaron asombrados el ropaje y los animales de los extraños. Pero en ese instante fueron sorprendidos por uno de los aborígenes que acompañaba a los españoles. Sin embargo, este no los atacó y con gestos amigables se comunicó en su idioma.

—¡Peñi, hermano! ¡Soy huilliche! ¡No se asusten!
 —Los jóvenes quedaron paralizados. Entonces, Puma del Sol, lo interrogó:

—Pero, ¿quién eres tú?

—¡Soy Leviñancu (Aguilucho Veloz) y puedes confiar en mí!

—Y ellos, ¿quiénes son? ¿Espíritus desconocidos?

—Son wingkas que vienen del norte a adueñarse de nuestra sagrada mapu. Su propósito es llegar a Chilhué. Pero algunos de nosotros, a pesar de acompañarlos por temor a perder la vida, no queremos que avancen. Cuando cruzamos el río Maullín, los wingkas dieron muerte a un grupo de mis hermanos porque descubrieron que estábamos desorientándolos de su destino.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó Puma Rebelde.

—Vayan donde sus padres e infórmenle de la ruta de los wingkas para que nos ayuden a perderlos en el lemu*. Esta es nuestra tierra y la conocemos como la palma de la mano.

—¡Así lo haremos! —exclamó Puma del Sol.

Sigilosamente se alejaron del lugar hasta llegar al roble caído, saltándoles el corazón por lo que habían visto y la misión recién encomendada. Luna Encantada tomó el cántaro lleno de agua y cargándolo entre los brazos echó andar por el sendero que llevaba a su ruka, acompañada de los dos jóvenes. Después de dejarla a la vista

de su hogar, Puma del Sol y Puma Rebelde corrieron hacia la orilla del lago, deseando tener alas como las bandurrias que cruzaban el cielo en ese momento. Debían ir a informarles a sus padres lo que estaba ocurriendo porque, alejados donde vivían, no se enteraban del paso de los extranjeros. Puma del Sol, entonces, sintió un profundo gozo interior al darse cuenta de que su pensamiento volaba más veloz que las aves más rápidas; este ya había dado la vuelta al lago, subido los dos volcanes, acompañado a su amiga hasta la ruka y llegado donde sus padres.

A pesar de los esfuerzos y estrategias de los aborígenes para evitar el avance, los españoles llegaron a lo que ellos creyeron era, según Alonso de Ercilla, un “extendido lago”, conocido hoy como el Seno de Reloncaví, y donde fueron acogidos amigable y bondadosamente por los nativos de esas riberas e islas, aportándoles alimentos y ayuda, ante lo que el poeta escribió:

*La sincera bondad y la caricia
 de la sencilla gente de estas tierras
 daban bien a entender que la cudicia
 aún no había penetrado aquellas sierras;
 ni la maldad, el robo y la injusticia
 (alimento ordinario de las guerras)
 entrada en esta parte habían hallado
 ni la ley natural inficionado.
 Pero luego nosotros, destruyendo*

*todo lo que tocamos de pasada,
con la usada insolencia el paso abriendo
les dimos lugar ancho y ancha entrada;
y la antigua costumbre corrompiendo,
de los nuevos insultos estragada,
plantó aquí la cudicia su estandarte
con más seguridad que en otra parte.²*

En este viaje, los conquistadores consiguieron su objetivo y se dice que Alonso de Ercilla pasó a una de las islas en una embarcación cedida por los aborígenes, donde dejó escrito en un árbol unos versos que inmortalizó en su obra *La Araucana*:

*Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por Hebrero,
a las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo a la dejada compañía.³*

Finalmente, los españoles, se olvidaron del Lago Escondido y la vida allí tornó a la tranquilidad por un tiempo. Pero Puma del Sol y Luna Encantada no volvieron a alimentar a sus peces, ya que los jóvenes varones debieron prepararse con ahínco para defender su tierra.

Un amanecer, Puma del Sol encontró junto al roble de la orilla del lago a su querida amiga y tras buscar en su morral, le dijo:

—Debo acompañar a mi padre en esta misión. Pensando en eso, he hecho este canastillo para ti. Por su pequeñez, no podrás recoger avellanas en él. Ya lo ves, no es más grande que mi puño y te lo regalo para que guardes mi recuerdo. Así, cada vez que lo mires, pensarás que tu Puma del Sol lo hizo, del mismo modo como yo pensaré en las manos de Kuyén amasando el pan para mis peces. Así, permaneceremos unidos aunque permanezcamos lejos uno del otro.

En silencio, la muchacha recibió el presente como si se tratara de un rito sagrado. Él, estampó un beso en su mano y se alejó mirándola hasta desaparecer en el bosque. Luna Encantada subió al tronco del anciano roble y caminó hasta la horcaja, se sentó, sacó un pan de su morral y lanzó las migas al agua. Entonces, un cardumen de peces subió a comer y hacerle compañía.

1. Canto XXXV de *La Araucana*.

2 y 3. Canto XXXVI de *La Araucana*.

LA HUIDA DE LOS CISNES

Amanecía en el Lago Escondido. Como todas las mañanas, Millawa (Maíz Dorado) salió sonriente de la ruka a recibir el saludo del Sol. Sus rayos rompían con fuerza la aglomeración de nubes, dormidas todavía sobre los dos centinelas de gorro blanco, a los que ahora se llamaban volcanes Osorno y Calbuco. Los tiernos ojos castaños de la niña contemplaron los cúmulos de nubes rosadas, naranjas y amarillas. Después, hincándose sobre la pampa, se inclinó con humildad, levantó los brazos iluminados con una suave luz hasta sentir un delicado calor en la yema de los dedos que recorrió su cuerpo entero. Con este gesto de acoger al Sol, su alma le agradecía a Ngünechen, el Dueño del Universo, las maravillas creadas por él para goce de los hombres.

Su padre, Ñancumill (Águila Dorada), apareció en la puerta de la ruka, ubicada en una pampa junto al naci-

miento del río Maullín, a orillas del lago. Observó a la niña de sólo diez años y sonrió complacido. Tomó una caña de coligüe como bastón y comenzó a bajar la loma.

Millawa, entonces, se levantó y miró a lo lejos. Allí estaba lo que sus ojos ansiaban encontrar: la bandada de cisnes de cuello negro, resplandecientes con los rayos del Sol. Estos abrieron las alas enteramente blancas, batiéndolas gozosos por la huida de la oscuridad y la llegada del nuevo día. Los cisnes gustaban vivir cerca de los totorales de la zona. Era el ambiente acuático ideal donde podían encontrar abundante comida.

—Padre —dijo la niña—, cada día me doy cuenta de que la bandada es más pequeña. ¿Qué pasa? ¿Se están muriendo mis pingansu*?

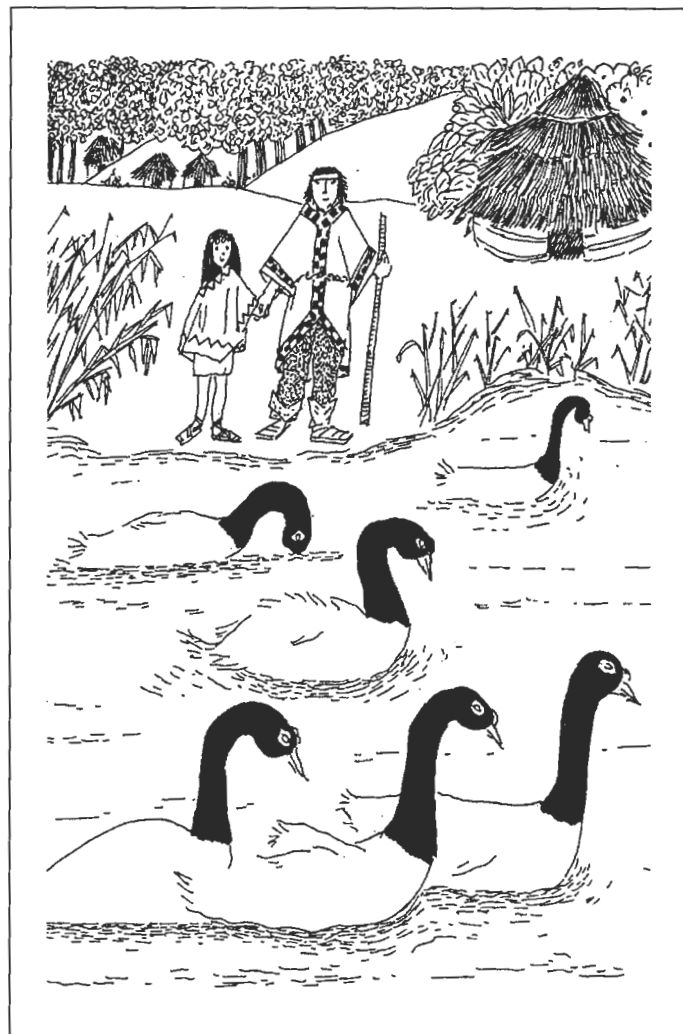
—No, hijita. Los cisnes están huyendo de nuestra laguna.

—¿Por qué se van, padre, si nosotros no los molestamos? —irrumpió la chica con el rostro preocupado.

—Mira, hijita, mira allá. —El respetable jefe huilliche levantó el brazo izquierdo indicando con la mano el río y agregó:— Allí, al otro lado del Maullín llegó a vivir gente venida de otras tierras, y sin decir nada, se instalaron con sus rukas.

La niña asintió con un movimiento de la cabeza, confirmando que eso ella lo sabía.

—Ahora, mira a este otro lado —le indicó el hombre con la mano derecha—. Allí también han levantado rukas.



Y allá, allá y allá –terminó indicando varios puntos alrededor del lago.

–Pero eso, padre, ¿tiene algo que ver con los pingansu?

–Hijita –dijo el hombre–, tú has visto cómo han cortado los bosques de la orilla para levantar sus rukas, ¿verdad?

Millawa afirmó nuevamente sin palabras, sólo con un movimiento de cabeza. Entonces, su padre siguió:

–Has visto cómo de los troncos han construido balsas y rukas flotantes. Mira allí: en esa orilla del río levantaron una inmensa ruka, diez veces más grande que las nuestras. Echa humo como un degiñ y derrama a las aguas del lafkén un líquido verdoso y de mal olor.

–Sí, sí –respondió la niña, comprendiendo lo que su padre le quería explicar.

El hombre la tomó de la mano y mientras conversaban siguieron el sendero serpenteante hasta la orilla del lago.

Algunos cisnes, al sentir la presencia humana, se alejaron nadando y otros remontaron el vuelo tras un largo aletear para despegar de las aguas y elevarse con el gran peso de su cuerpo.

–Mira, padre. ¡Qué hermoso vuelan! ¡Ah, cómo me gustaría ser un pingansu! –exclamó la niña.

–Hijita, todos hemos ansiado algún día volar. En cuanto a belleza, los pingansu son bellos, pero tú hijita,

mi Maíz Dorado, eres incomparable porque a través de tus lindos ojillos puedo distinguir un alma dulce e infinitamente hermosa.

–¡Pero míralos, por favor, padre! ¡Son tan suaves y elegantes para nadar, luciendo ese largo cuello negro en el cuerpo totalmente blanco!

–Hija –dijo el hombre contento–. ¡Por todo te sorprendes! Me gusta que seas así. Cuando llegues a mujer y tengas hijos, les transmitirás esa virtud de maravillarse ante todo lo que Ngünechen nos regaló para vivir. De ese modo estás siendo agradecida con él.

Habían llegado a la orilla y desde allí, dando la espalda al lago, observaron cómo aquellas tierras cubiertas de bosques ahora estaban despejadas por la tala y quema de árboles.

–Mira, ya los totorales han comenzado a desaparecer y con esto la comida para los pingansu. El agua que derrama esa gran ruka llega hasta aquí y mata el alimento de las aves. Por eso han comenzado a irse. Antes, recuerdo, aquí vivían cientos de pingansu y otros tantos más allá en Llekanmapu (Tierra Peligrosa). ¡Cuando volaban parecían nubes que habían confundido la superficie del lago por el cielo!

Las pocas aves que estaban cerca se asustaron del fuerte vozarrón del hombre y emprendieron el vuelo, primero desordenadamente y luego en perfecta formación en V, perdiéndose en dirección sureste.

Padre e hija regresaron a la ruka, donde la madre los esperaba con el kutral (el fuego encendido) para tomar el desayuno. La chica compartió con su madre lo vivido con su padre.

Todo el día Millawa pensó en los cisnes y al atardecer, permaneció atenta, en espera del regreso de las aves. Pero la noche cubrió el lago y no aparecieron por ningún punto del horizonte.

«Tal vez sin querer mi padre los espantó esta mañana y no quieren regresar por temor», reflexionó la pequeña.

De pronto, acercándose desde Llekanmapu, divisó un punto blanco en el aire: era un cisne que venía de regreso. El ave viajaba sin compañía. Dio un vuelo final sin aletear y descendió en la ribera del lago.

La niña corrió pampa abajo hasta llegar cerca de la orilla, reconociendo al hermoso cisne. Se acercó feliz y le tiró migas de pan, como lo hacía siempre. El cisne se había acostumbrado a recibir alimento de su mano y comió con ganas, como demostrándole a su amiga que él también era feliz de estar en casa. Ya la oscuridad se había acomodado en todos los rincones del lago y no regresó ninguna otra ave.

La niña volvió a la ruka con lágrimas en los ojos, contándoles a sus padres lo ocurrido:

—Regresó sólo un pingansu, madrecita. Es uno de mis dos amigos a quienes siempre alimento. Sólo volvió la hembra y ningún otro de la bandada.

—Seguramente encontraron más al sur otra lafkén o una entrada en el gran lafkén para vivir, donde la gente aún no ha llegado. Tal vez, como ellos, algún día nosotros también habremos de partir —opinó el padre.

—Hijita —habló la madre—. Ese pingansu seguramente regresó porque le dabas cariño y eso, mi pequeña, debe ponerte contenta.

—Pero ella estará sola —dijo afligida la niña.

—Te diré algo, mi tierna Millawa: si la hembra regresó sola, el macho llegará pronto. Ellos no pueden vivir separados.

—¿Por qué dices eso, madrecita?

—Los pingansu, hija, tienen una costumbre muy particular. Cuando una hembra y un macho se hacen pareja, lo son hasta el fin de sus días. Y si alguno de ellos muere, el otro se queda solitario el resto de la existencia. Los pingansu tienen una sola pareja en la vida.

—¡Por eso veía siempre juntos a mis amigos en todas partes! Pero ahora él no regresó y tal vez no lo haga nunca... —dijo la niña, sintiendo que las lágrimas nuevamente asomaban a sus ojos.

—Ya lo hará —concluyó la madre.

La niña se quedó sentada frente a la ruka, mirando a su amiga cisne caminar con paso triste en la orilla de la laguna. Ya la oscuridad había inundado las aguas y el cielo dejaba ver un río blanco de millones de estrellas. Arriba, entre los bordes del volcán Osorno, comenzó a

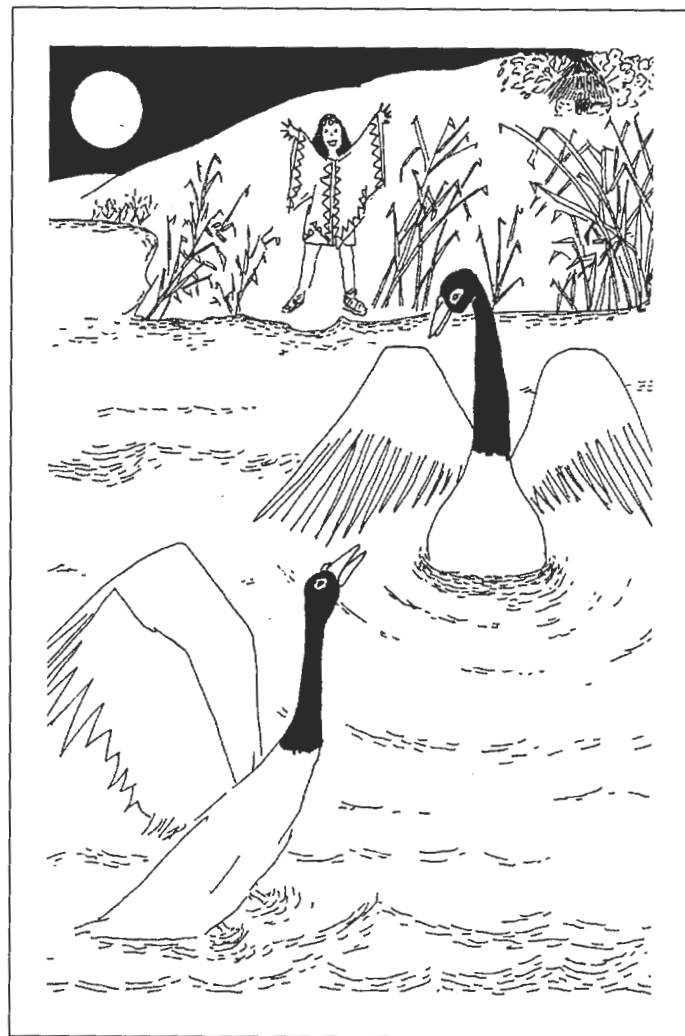
nacer una claridad que muy lentamente tiñó el firmamento, las laderas de las montañas, los bosques y por último, las aguas del lago. El cisne solitario se distinguía como un pañuelo blanco en medio de la noche.

El ave y la niña esperaban. Pasaron las horas. Los padres de Millawa la llamaron repetidas veces, pero como sabían de su preocupación, la dejaron tranquila.

De pronto, una estrella muy baja pareció brillar sobre las aguas del lago. Millawua se puso en pie y corrió pampa abajo. La estrella parecía atravesar la oscuridad y acercarse cada vez más. Inesperadamente, la Millawa descubrió unas alas grandes moviéndose en la noche. Su corazón dio un brinco de alegría y corrió a la ruka a contarles a sus padres.

El cisne se detuvo a metros del otro, que pareció revivir. Abrió las alas y agitándolas le dio una bienvenida al amado. El macho se acercó también con las alas abiertas hasta tocar las de ella. Luego recogieron su plumaje y pareció que miraron hacia la guirnalda de lucecillas reflejándose en el lago.

Apenas la claridad despuntó, Millawa se levantó rápidamente, cruzó el espacio que la separaba de la orilla del lago, encontrando a ambos amigos. Les llevó migas de pan y estos, al verla, corrieron a su encuentro. Se acercaron tanto que la chica pudo hacerles cariño en los cuellos negros y largos, pareciendo lucir más sus patas rosadas y picos rojos.



Con el tiempo, sólo esos dos cisnes habitaron el lago, protegidos por el cariño de la niña, viviendo juntos hasta morir.

Dos siglos después en el año 1968, don Ewaldö Mödinger Leichtle, el primer alcalde de la ciudad de Llanquihue, pensó en eternizar a esas dos valientes aves construyéndoles un monumento: dos enormes cisnes, uno frente al otro sobre las aguas de la orilla del lago. Hoy están allí para decir al mundo que en el Lago Escondido estas hermosas y únicas aves tuvieron ahí su hogar, quedando sólo dos ejemplares de cemento que no podrán volar jamás.

VOCABULARIO DE TERMINOS MAPUCHES

Am: alma

Antü: Sol

Ayún: amor. Especial concepto del amor, identificado como una luz del espíritu, un amanecer; como la belleza interior que descubre la armonía de la naturaleza y de todos los seres que habitan la tierra.

Carimahuida: Monteverde. Lugar donde fueron encontrados los restos más antiguos del hombre en América: 12 mil años de antigüedad, hecho ecientemente aceptado por los científicos del mundo.

Challwas: peces.

Chau: padre.

Chilko: planta cuyas flores tienen forma de pequeños faroles rojos y blancos.

Chiripá: Vestuario masculino consistente en un paño cuadrado que se dobla en una de sus puntas, se pasa entre las piernas, dejando el torso y piernas desnudas.

Deñig mapu: Cordillera de los Andes.

Deñig: volcán.

Foye: canelo.

Gran lafkén: el mar.

Hueñauca: cielo rebelde. Antiguo nombre del actual volcán Osorno.

Huépil: arcoiris

Huilliches: Gente del sur. (Huilli: sur; Che: gente). También llamados Veliches. Rama mapuche que habitó desde Toltén a Chiloé y parte de la pampa argentina.

Kallfüko: aguas azules. Nombre dado al volcán y a una isla ubicada en el seno de Reloncaví: isla Calbuco. Actualmente, la isla está unida al continente por un terraplén.

Kawuin: reunión.

Kofke: pan.

Kolümamüll: arrayanes.

Küdewallüng: luciérnaga.

Kulliñ: animales.

Kurutroltro: cardo negro.

Küyen: la Luna.

Lafquén: mar.

Lahuán: alerce.

Lemu: bosque.

Lewfü: ríos.

Llampüdken: mariposa.

Llanquihue: Lugar escondido, Lago Escondido. Nombre dado al lago más grande de Chile y uno de los más profundos. Ubicado en la región de Los Lagos, sólo es superado por el Lago General Carrera, que es compartido con Argentina en la región de Aysén. En sus riveras se encuentran cuatro importantes ciudades: Puerto Varas, Frutillar, Llanquihue y Puerto Octay. Antiguamente, este lago recibió el nombre de Hueñauca, después Lago Valdivia y por último Llanquihue.

Llekanmapu: tierra donde se teme vivir.

Lolo: cangrejo

Machi: mujer que posee un gran conocimiento de las propiedades curativas de las hierbas. Curandera. Tiene poderes de comunicación con los espíritus que habitan el mundo espiritual del pueblo mapuche. Oficiante en las ceremonias sagradas.

Mamüll: árboles.

Mañke: cóndor.

Mapu: tierra.

Mapuche: Mapu: tierra. Che: gente. Gente de la tierra. Pueblo aborigen de Chile que luchó con valentía y gran amor por su tierra durante tres siglos contra el conquistador español.

Mapudungún: Mapu: tierra. Dungún: lengua. Lengua de la tierra. Lengua de los mapuches.

Mulmu: ulmos.

Ngillathun: celebración sagrada de rogativa para pedir, implorar y alabar a ngüechén (Dios), celebrada tradicionalmente cada cuatro años con cantos, bailes y otros ritos.

Ngüenechen: único Dios de los mapuches.

Pangue: planta de hojas grandes y cuyo tallo (nalcas) son comestibles.

Peñi: hermano.

Pillán: espíritu de los antepasados; habita en el interior de las montañas y volcanes.

Pingansu: cisne.

Püñeñ: hija

Puye: pez pequeñísimo que se encuentra en algunos lagos del sur de Chile (*atherina speciosa*)

Quipán: vestuario femenino. Un paño cuyas puntas se entrecruzan en el hombro derecho, dejando al descubierto el hombro y brazo izquierdo.

Ruka: casa mapuche fabricada con barro y paja trenzada. La sostienen postes de madera; al centro está ubicado el hogar, que siempre permanece encendido. La entrada a la casa se ubica en dirección al este, por donde sale el Sol.

Rüngi: coligües.

Shihüü-Shiwu: jilguero

Taño chau: padrecito

Taño pichimalén: hijita.

Tralilonco: cintillo de plata que la mujer mapuche lleva en la frente.

Wangülen: estrellas.

Weñi: niño



Wenu mapu: cielo.

Wenu: firmamento.

Wingka: persona o gente no mapuche.

Wingkul: cerro.

Wün degiñ: cráter del volcán.